

**HACIA LA EMANCIPACIÓN**  
**Táctica de avance obrero**  
**en la lucha por el ideal**  
Anselmo Lorenzo

HACIA LA EMANCIPACIÓN

# LOS NUEVOS MÉTODOS DE LUCHA

SINDICALISMO

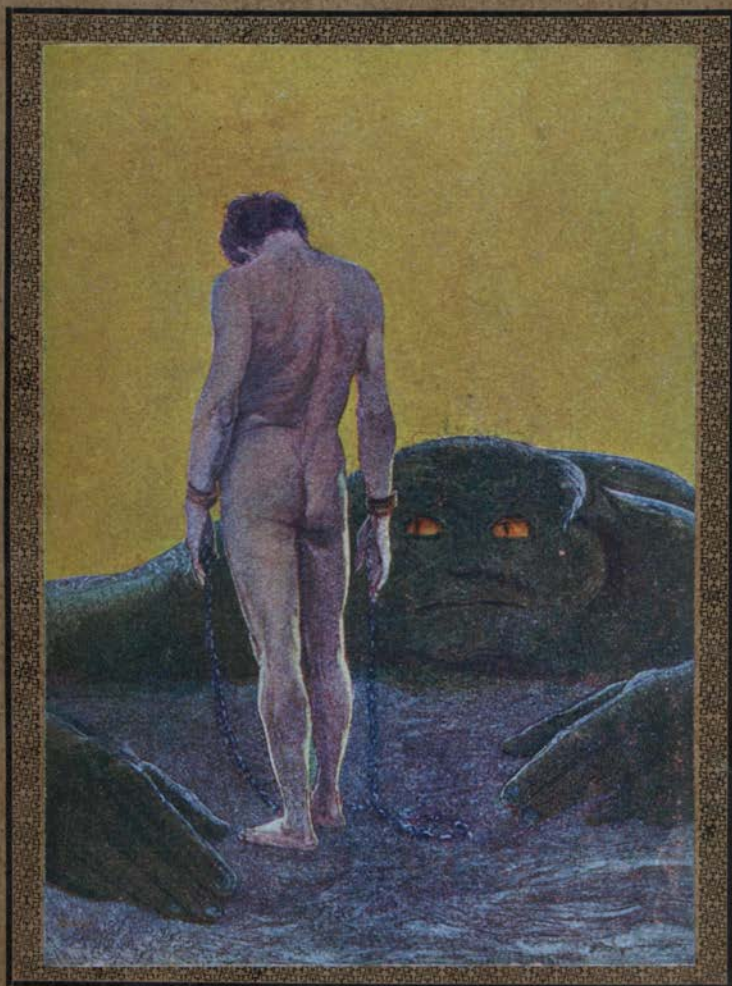
ANSELMO LORENZO

MARCA LABEL

EL BOICOTE

SABOTAGE

HUELGA GENERAL - ENSEÑANZA RACIONALISTA



IBRERÍA GRANADA

BARBARÁ, 15. - BARCELONA

Mientras la burguesía busca en la asociación la satisfacción de sus privilegios de clase, el proletariado busca en la asociación el modo de derribar el privilegio y sustituirlo por la igualdad y la libertad. De los beneficios de la asociación el proletariado no excluirá a los burgueses cuando éstos hayan desaparecido como clase.

*Sindicalismo y Socialismo*, por JOSÉ PRAT.

## PREFACIO

Cuando se han cumplido setenta años y se maneja una pluma para algo más que escribir una carta a un solo lector, ha de ser para dar el que escribe a sus lectores lo que en la brega de la vida haya metodizado con su juicio y archivado en su conocimiento.

Le falta ya tiempo para estudiar, y el estudio, como ejercicio preparatorio para algo que hubiera de ejecutarse después, no podría tener aplicación práctica para el viejo y achacoso estudiante, que tiene ante sí una vitalidad escasa y ha de cerrar forzosamente sus cuentas con el mundo.

Por lo mismo dejo de estudiar y ofrezco lo que sé, sin vanagloria, sin modestia y sin temor a la crítica de los entorpecedores de todo género, con perfecta sinceridad, valga lo que valga, seguro de que si para muchos me quedo corto, alguno habrá que se hallará a más bajo nivel intelectual y con buena voluntad que podrá aprovechar algo de esta especie de legado a quien buenamente quiera aceptarle.

No he de dogmatizar: por no hacerlo ni sufrirlo, aborrecí siempre la autoridad que manda en las voluntades y en las conciencias, envileciendo al hombre so pretexto de protegerle y garantizarle, y nunca quise ejercerla voluntariamente.

He pasado mi vida sin ser sectario de nada ni partidario de nadie, aunque me he mancomunado con el proletariado emancipador para la acción solidaría, encaminada progresivamente como orientación

hacia un ideal social de razón y economía en que se desarrollará la vida humana en toda su grandiosa magnitud.

Me llamo anarquista, no por imitación ni porque lo fueran Bakou-nine ni Reclus, hombres tan dignos de ser imitados en muchos conceptos, sino porque exigiendo la vida de relación que las cosas tengan un nombre, acepté el que convenía a mi mente y a mi voluntad, adaptándome la parte para mí comprensible del pensamiento de los buenos anarquistas combinada con lo que mi mentalidad pudo dar de sí. Es decir, me adapté pensamientos para formar mi personalidad racional, de la misma manera que ingerí alimentos para conservar mi persona física.

Soy sindicalista porque considero que no hay acción puramente individual eficaz ni aun posible, toda vez que en el exclusivo interior del cráneo no brota por sí mismo un pensamiento ni se origina un deseo sino a causa de excitaciones exteriores. Sin el conocimiento y la conciencia, resumen de actos internos determinados por el juicio y la adaptación al contacto con lo externo, o sea sin que los individuos obren sobre el individuo, nadie, por más individualista que pretenda ser, sabría nada, ni podría decidirse a hacer la cosa más insignificante en sentido egoísta ni altruista, ni aun viviría; en otros términos: en lo que aprendí, siendo mis maestros el mundo, la historia y mis contemporáneos, está la causa de mis conocimientos y el motor de mi voluntad.

Mi Sindicalismo no es nuevo, data de 1870, cuando la palabra *sindicalismo* no existía aún y *el síndico* era un funcionario burgués. Como delegado de la Federación Local Madrileña al Congreso obrero de Barcelona de aquel año —honrosa distinción determinante de mi vida— contribuí a la formación de la Federación Regional Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores, en cuya organización inspiróse el actual sindicalismo, después de haber inspirado legiones de obreros luchadores que brillaron en España y singularmente en Barcelona durante aquel período en que se publicaron *Acracia* y *El Productor* y se celebró el Concurso socialista del Palacio de Bellas Artes, y que, después del tristemente célebre proceso de Montjuich, llevó la idea emancipadora a la América del Sur y contribuyó a purificar la que germinaba en Europa.

Todavía los reglamentos típicos de aquel Congreso, reformados después de la Conferencia de Valencia de 1871 y los siguientes Congresos de Zaragoza y Córdoba, despojados de la Caja de Resistencia y sus concordancias —cándido error teórico de aquel sindicalismo incipiente desvanecido después por la experiencia— podrían servir para constituir sindicatos con la correspondiente combinación de federaciones y confederaciones, capaz de llevar el proletariado mundial a la práctica de la huelga general definitiva, que ponga término al salariado y al capitalismo y dé principio al comunismo racional, científico y esencialmente humano y humanitario.

Acepto la acción directa desde que la sangrienta represión de la *Commune* de París demostró que los privilegiados ponen la continuación de sus privilegios sobre toda consideración de justicia y de humanidad, y luego en vista de sucesos posteriores, y también por mis lecturas y meditaciones, que me persuadieron que la lucha de clases, que ha de terminar por la victoria proletaria y la paz del mundo, ha de ser sostenida por los trabajadores emancipadores, uno por uno, como expresión de la inmanencia del derecho individual, y todos juntos, como resultado del poder irresistible de la mancomunidad o solidaridad.

Comprendí que el interés de los usurpadores de la riqueza social y de su representante el Estado es insensible e incapaz de rendirse a la justicia de las reivindicaciones de los despojados, de los desheredados, y vi evidentemente que la evolución no es un camino llano por donde tranquilamente puede llegarse a la tierra prometida, sino una guía y hasta una previsión de lo futuro, que ha de ser avalorada por la revolución, que vendrá al fin como crisis inevitable con sus tanteos y con sus violencias, precursores de la regeneración de la sociedad.

Vi además que la Burguesía, semejante a la Iglesia, que impone a los vuelos de la ciencia la adopción previa del dogma de la creación y de la revelación, quiere imponer a la sociología la intangibilidad del privilegio por la sumisión al derecho de propiedad, a la accesión y a la herencia, dejando subsistente y eterno el salariado. Y

así como la Iglesia estacionada ve desvanecerse el Génesis ante la impetuosidad de la crítica científicorracional, y sólo vive por la complicidad con los desmanes autoritarios, así también la Burguesía ha sufrido este cruel y justificadísimo reproche:

Comparados con nuestros admirables progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra educación nacional y toda nuestra organización social y moral han quedado en estado de barbarie.

Es decir, estacionarias y aun regresivas las clases directoras por incapacidad de desprenderse de sus injustificados privilegios, la plebe, para evitar el naufragio de la humanidad, se apodera del timón y se encarga de llevar a seguro puerto la nave del progreso.

Sin encerrarme teóricamente en la estéril fórmula del «Todo o Nada», porque la vida exige siempre lo contrario, o sea la «Parte de Algo», detesto el programa mínimo, adoptado por el socialismo parlamentario pretextando argumentos oportunistas, principalmente porque constituye una desviación, que en vez de llevar los trabajadores a la posesión del ideal los conduce a su pérdida en el vacío, y además porque la experiencia ha demostrado que sólo sirve para crear plazas de falsos redentores, que escalan el privilegio a costa de infelices que marchitan sus esperanzas en la prolongada realidad de la esclavitud, dejando intangible y subsistente indefinidamente la usurpación de la riqueza social.



Conste, y el anarquismo lo evidenciará siempre: así considerado el socialismo, representa un perjurio a las promesas formuladas en los Congresos de La Internacional y una traición al proletariado, que confió en la abolición de la herencia, en la socialización de la tierra y de los instrumentos de producción y de cambio y en la reorganización de las asociaciones agrícolas, industriales, artísticas y científicas.

Y para terminar: la revolución social es la aplicación práctica de la Sociología; es un resultado científico ineludible, despojado de reminiscencias religiosas, de supercherías políticas y de inútil sensibilidad. Si todos nacemos libres e iguales en derechos, como declararon los revolucionarios franceses, así hemos de permanecer: para eso se formó la sociedad humana. Y si la ignorancia primitiva y la malicia después desvió la sociedad de su objetivo, la revolución la encarrilará de modo que de él no se separe jamás.

## Exposición fundamental

Compañeros y lectores:

Sois multitud, pero he de hablaros como si en un rinconcito de un centro obrero hablara con uno solo, con cada uno de vosotros; quisiera dar a mis palabras toda la substancia de la verdad, toda la sugestión de la lógica, toda aquella fuerza irresistible que aniquila el poder del atavismo, de la rutina, de la preocupación. Deseo ser motivo determinante de un cambio radical de vuestra voluntad por efecto de un cambio radicalísimo en vuestro pensamiento acerca de la constitución de la sociedad. Quiero, y ojalá lo logre para bien vuestro, no para satisfacción particular mía; quiero que respecto de la sociedad en que vivimos os consideréis, no como habitantes de una casa que amenaza ruina, sino como casa incendiada; porque en la primera, no viendo el peligro inmediato, se va pasando con esa desmayada voluntad que anula el pensamiento, envilece al individuo, degenera a la colectividad y se engolfa inconscientemente en los conflictos, mientras que la amenaza mortal en la segunda obliga a huir y a buscar otro albergue.

El método, el avance racional hacia un fin, es absolutamente necesario en la propaganda emancipadora del proletariado.

Sin duda por falta de método, por no haberse seguido la marcha racional necesaria a tal objeto, nos hallamos hoy en España, al

cabo de más de medio siglo de movimiento obrero, con que es necesario repetir lo tantas veces dicho y otras tantas olvidado, y hoy, como en 1870, hemos de persuadir a grandes masas obreras que están injustamente oprimidas, que son indebidamente explotadas, que han de pensar en su emancipación, que han de organizarse para constituir fuerzas resistentes a la explotación, y que individualmente y con el concurso de los trabajadores emancipadores organizados se ha de estudiar para luchar con éxito y para afianzar el triunfo en una sociedad científica y racionalmente reconstituida.

Sobre este asunto dice Pi y Margall en *La Reacción y la Revolución*:

Hartas dificultades tiene que vencer el pensamiento antes no llega a penetrar esa tupida masa que llamamos pueblo, hartas luchas que sostener antes no logra apagar los fuegos de sus naturales adversarios.

¡Cuán lenta no es la marcha de la humanidad a pesar del entusiasmo y la audacia de los innovadores! Hay, desgraciadamente, en el pueblo, como en el poder, una inercia, no lo dudéis, cien veces más temible que todos los medios de resistencia juntos. La falta de actividad intelectual, la duración de las instituciones, la continua reproducción de un mismo orden de hechos, obcecan a la mayor parte de los hombres, y les hacen considerar casi siempre como definitivo lo presente, como una utopía todo proyecto de reforma. ¡Qué de sacrificios antes que

la colectividad no empieza a ver posible la realización de una idea que contraría la fuerza de sus hábitos!

Inútil lamentarlo: los hechos son así. Hemos de contar, la experiencia lo demuestra, con que no se adelanta en razón directa de la energía empleada en la difusión de los conocimientos emancipadores, sino con que a esa difusión se le opondrá la rémora del atavismo, o vieja rutina, y del misoneísmo, u odio a toda innovación. Hemos de considerar que para obtener resultado positivo *como uno* ha de emplearse fuerza expositiva, demostrativa y sugestiva *como veinte, como treinta o mucho más*, según los casos y las circunstancias, y sólo así se puede remover la letárgica abulia de los más y suscitar la determinación volitiva de los inteligentes y activos.

Con esta consideración se libra todo pensador propagandista del mísero escepticismo y se trabaja sobre seguro en la obra libertadora.

Por haber pensado y sentido así emprendo el presente trabajo, y por lo mismo escribí en mi *Proletariado Militante*:

Si los sucesos se hubieran producido de una manera recta, sencilla, vigorosa, como legítima consecuencia de una verdad aceptada incondicionalmente y de una voluntad decidida puesta a su servicio, precipitándose los acontecimientos en recíproca proporción, la Revolución Social hubiera anticipado mucho, mucho, su ansiada aparición; pero las cosas han seguido otro rumbo: se han aceptado rodeos; han sobrevenido desfallecimientos y

traiciones; ha habido ambiciosos, jefaturas prestigiosas, personalismos serviles, engaños de los llamados desengañados, y ha faltado, por desgracia, energía suficiente por parte de los destinados a ser dirigidos, administrados y adoctrinados para dirigirse, administrarse y adoctrinarse por sí mismos, arrojar al enemigo interior, prescindir de él, desentenderse por completo de sus críticas, censuras o quejas y castigar sus intrigas, demostrando con ese primer acto de emancipación positiva que estaban dispuestos a emanciparse de veras de la tutela del Estado y de la explotación capitalista.

Triste es, pero inevitable: hay que conceder su parte a las debilidades humanas, y seguir la vía del progreso en tortuoso zigzag, en vez de seguir, como es de razón, la vía recta.

Ha de considerarse que el proletariado es, como todas las entidades humanas, un cuerpo que se renueva constantemente, conservando y abandonando parte de sus moléculas: las unas se adhieren a la vida corporativa por linaje, por accidentes sociales y por efecto de cierta predisposición; las otras se desprenden por efecto de múltiples causas y por una principalísima, la muerte.

Dentro de ese proletariado, los que mueren dejan a los que nacen una herencia que éstos aumentan y modifican, pero que no

abandonan, no liquidan, es imperecedera, como es indestructible el efecto mientras perdure la causa.

Aceptando la analogía entre la situación del proletario actual y la del de 1870, hay, no obstante, la diferencia importante y ventajosa de que si en aquella época había asociación obrera, no existía un proletariado militante internacional: había agrupaciones obreras nacionales y aun regionales en América, Alemania, Francia, Inglaterra y Cataluña, ya que en el resto de España apenas había indicios; en todas partes, como resultado de iniciativas políticas, filosóficas y económicas de burgueses ilustrados y de buenos sentimientos, faltaba aquel exclusivismo de pensamiento obrero que viene a ser como la conciencia de la entidad. En nuestros días, a contar desde La Internacional, aquellos principios y sentimientos antes localizados se han fundido en una institución única, el Proletariado Emancipador, que se extiende por todas partes, que abarca todas las naciones y que se manifiesta y deja sentir proporcionalmente lo mismo en los grandes centros de población que en las aldeas más pequeñas y apartadas.

Así, mientras antes los asociados no tenían solidaridad con los no asociados, ni recíprocamente los asociados entre sí, mucho menos si los separaban los mares, las fronteras, la raza, el idioma, la religión y la legislación, actualmente hay una solidaridad positiva entre el proletariado universal, de que hay múltiples y sorprendentes ejemplos.

Para los efectos positivistas de esta solidaridad, no es necesaria la organización formalista y reglamentaria, que para los socialistas rezagados es la única, sino que mientras los reglamentistas no llegan más allá de la letra de su reglamento, la solidaridad verdaderamente fraternal se ha manifestado espontánea, vigorosa y en ocasiones sublime, como ha de ser entre compañeros —entre los dispuestos a partir recíprocamente su pan—.

Aprovechemos la experiencia: prescindamos de los errores pasados, y tomemos de los trabajos realizados los que han quedado en firme y pueden servir de base a la obra futura, no olvidando que una de las razones, quizá la principal, que impulsa el movimiento proletario es la contradicción que existe entre la condición intelectual y moral del proletariado y su situación material. Si antes los desheredados, en su ignorancia, pensaban haber nacido «para ochavo», como se decía vulgarmente, creyéndose víctimas de un sino fatal, y entendían que el individuo era para la sociedad, no la sociedad para el individuo; si se inclinaban ante los grandes privilegios como procedentes de una voluntad divina, y sólo esperaban y confiaban en reparaciones sobrenaturales y de ultratumba, hoy el libre examen, la demolición revolucionaria y los descubrimientos científicos, rompiendo murallas esotéricas, han ensanchado los horizontes, y todo el mundo siente ya íntimamente el derecho a la igualdad social y aspira a la equitativa participación sin limitación fraudulenta del patrimonio universal.

## II

### Abandono de un error

Lo urgente hoy es el abandono de las jefaturas, la anulación de esos prestigios personales que se ponen a la cabeza de grupos más o menos extensos de trabajadores y obran en ellos como los jefes en los partidos políticos burgueses, los cuales, sin diferencia apreciable en los programas, ni aun en los procedimientos, causan divisiones profundas por la pasión y el santonismo.

Es seguro que si en un momento se anulara por completo la rémora que forman los ilustres, los ambiciosos, los fatuos, los que con pretexto de dirección o representación parlamentaria se convierten en autócratas, o la de aquellos que, considerándose como filósofos superiores, dogmatizan tonterías perturbadoras, quedaría un proletariado listo, despabilado, orientado por la prensa obrera y mejor aun por la compenetración mutua de las ideas, en disposición de trabajar contra el gran pólipo capitalista, que en forma de *trusts* amenaza absorber la riqueza universal, si antes no se deshace en una bancarrota que anticipe, más que pudiera hacerlo la actividad revolucionaria del proletariado, el momento de la liquidación de la vieja sociedad.

La supresión, la anulación o, mejor, la imposibilitación de la jefatura exige mayor actividad de los individuos, y ésta es fácil de conseguir combatiendo la rutina de los indiferentes y aun del vicio por la adopción de costumbres que pronto pueden ser tan placenteras



como útiles. A tal fin es convenientísimo que los trabajadores formen, aparte de sus Sindicatos y aun de sus Ateneos sindicalistas, grupos de simpatía y amistad, que se reúnan periódicamente los sábados y domingos, por ejemplo, y en esas reuniones desechen toda murmuración y frivolidad y procuren instruirse mutuamente, leer y comentar en común obras notables y periódicos obreros, discutir asuntos doctrinales o de actualidad que más interesen al proletariado en general y formarse concepto de la historia, de la ciencia y del arte.

Los beneficios de tal conducta son incalculables; por lo pronto, siguiéndola, se alcanza: 1º Verse libres de tiranos impuestos o adoptados; 2º Dejar de ser átomos de una masa para ser unidades que conserven íntegro el valor intelectual y material correspondiente a cada nombre; 3º Reducir a un positivismo racional las cuestiones estériles sobre pesimismo y optimismo que entre los necios convierten la realidad en locuras fantásticas; 4º Ser cada uno, en unión con todos, su propio redentor.

Esos trabajos de la amistad y de la simpatía, paralelos a los de los sindicatos, federaciones, confederaciones y ateneos, obrando noble y poderosamente sobre cada individuo y cada colectividad aquí, allá y en toda la extensión geográfica donde se agite el proletariado emancipador, darán una cohesión, una fuerza solidaria y, sobre todo, una conciencia individual y colectiva poderosísima: no hay privilegio, por reforzado que se halle de polizontes y guerreros,

que resista; ni revolución, por grave y trastornadora que haya de hacerse, que no resulte hacedera y fácil. De ese modo todo se consigue relativamente pronto y con enorme economía de sacrificios; sólo se necesita que cada individuo activo quiera ser jefe de sí mismo, pactando equitativamente con todos los demás compañeros, que serán entonces compañeros de verdad, no guías y mentores de fulanistas que piensan y obran por impulso exterior.

Para llevar a la práctica este pensamiento, basta querer y practicar en seguida: tú, compañero que lees, y tú compañero que escuchas, podéis empezar; no os precipitéis por adjuntaros compañeros hasta que los encontréis que armonicen simpáticamente con vosotros, ni os preocupéis, para continuar vuestro trabajo, de si los trabajadores en general os imitan; predicad con el ejemplo y aprovechad la ocasión para exponer discreta censura cuando oigáis la queja de la impotencia por falta de energía y constancia.

Si un brote espontáneo de grupitos así —por supuesto al compás de los organismos sindicales de diferente grado federal resumidos todos en una Gran Confederación Mundial del Trabajo— se extendiera como se extiende la filoxera aquí, allá y acullá en la viña burguesa, de nada servirían las leyes prohibitivas, coercitivas y excepcionales, la red policíaca, las excomuniones, los pactos del hambre ni aun el ejército de Jerjes, que un día, por la huelga general, hasta podría verse privado de rancho y reducido a la impotencia.

Por ese procedimiento surgirían a cada paso nuevas iniciativas, practicables y practicadas siempre, como fruto natural de la fecunda actividad de la pasión y del pensamiento.

Con actividad resistente en el sindicato, actividad pensante en el ateneo y actividad afectiva en el grupo amistoso, convenientemente reforzadas y renovadas por una juventud educada e instruida en escuelas racionalistas instituidas, conservadas y fomentadas, como es de razón, por las federaciones locales de sindicatos, se puede llegar a realidades admirables.

No es esto forjarse ilusiones ni edificar castillos en el aire: cada uno de esos que se creen superiores, que consideran irrealizable la solidaridad consciente y voluntaria porque ninguno, ni la masa obrera junta, reúne las cualidades superiores y excepcionales que a sí mismos se atribuyen; los que piensan, aunque no lo digan, «si todos fueran como yo», pueden acreditar su capacidad constituyéndose en punto céntrico, en núcleo organizador con los primeros que se atraigan, obrando a la manera que obra la célula, principio inicial de todo organismo.

Los que debiendo obrar así no lo hicieran, persistiendo en la admiración de sí mismos y negándose a la práctica de la solidaridad emancipadora, sean abandonados y despreciados por los hombres de recto juicio y buenos sentimientos que anhelan el buen fin por los medios racionales.

Profundicemos ahora algo más en busca de terreno firme para sentar bases indestructibles.

### III

#### La buena vía

Por existir o por continuar existiendo entre los trabajadores que aspiran a su emancipación, a pesar de todos los conatos de independencia y de autonomía, la sumisión a las jefaturas y el acatamiento a los dogmas de fe, ha sido posible todavía, después de La Internacional, la formación de partidos obreros, de sectas filosófico-económicas y aun de agrupaciones nominalistas que con vagas nociones doctrinales se denominan con el nombre de un jefe terminado en *isla*.

Esos mismos jefes y sus allegados, como subjefes y aspirantes a la sucesión de la jefatura, han cultivado preferentemente la división obrera, el separatismo, atizando las pasiones divergentes y procurando justificar la separación por la diferencia doctrinal y táctica, aunque conviniendo casi todos en la aspiración ideal, para que aparentemente resultara admisible que sólo siguiendo la vía que cada jefe indica se llega al fin deseado.

Así hemos visto que los que, sin distinción de color, creencia ni nacionalidad, se unieron, reconociendo como base de su conducta la verdad, la justicia y la moral, para realizar su emancipación, se dividieron en marxistas y bakounistas, en autoritarios y libertarios, y tras campañas de furia homicida en que la verdad, la justicia y la moral fueron atropelladas por las pasiones atávicas, se ha llegado a la actualidad, en que una gran disgregación y un grado abominable

de escéptico abandono tiene postrados a los obreros inteligentes y en estéril actividad ardillesca a los que entre los poco cultos tienen aún alientos para moverse, los cuales suelen representar diariamente la fábula de los conejos discutiendo sobre si son galgos o podencos los perros que les persiguen.

Mas si el primer impulso iniciador no pudo unir indisolublemente a los constantemente separados; si los destinados, según pensamiento de Reclus, al odio recíproco, se unieron en un mismo grupo para formar una sola nación, con desprecio de todas las tradiciones, de todas las leyes y de sus gobiernos respectivos; si los que en Londres realizaron un día, expresándose difícilmente en una lengua que no era la suya, la unión que no habían podido realizar los astrónomos, los geógrafos y los viajeros que habían descubierto la unidad material del planeta, han venido a parar en parlamentarios, que se dividen en cada nación en partidarios de distintos notables habladores, y aun entre los que rechazan el parlamentarismo político, en socialistas a la antigua o a la moderna, colectivistas, comunistas o individualistas, anarquistas a secas o con diversos calificativos, con sus capillitas, sus tertulias de café y su ineficacia esencial, la verdad es que un avance progresivo queda hecho, sentado en firme cimiento, representado por la fatalidad que conduce a la estéril reforma la acción de cuantos quieren ser positivistas y prácticos, tratando de convertir en frutos provechosos lo sembrado en las estepas de la política y del privilegio, y también por la seguridad de que los sistemas previos para la reorganización de la sociedad

post-revolucionaria con que actualmente se fomenta la discordia no puede ser anticipo, ni discreta previsión, por ser aún desconocida la expansión que producirá en los individuos, en las colectividades y en la sociedad general la libertad ilimitada y la libre participación de todas y de todos en la riqueza social, y porque, como con elemental prudencia dice Spencer, «el porvenir nos reserva formas sociales ante cuyo esplendor palidecerán todos los sistemas de organización ideal que pudiéramos formular hoy».

Es, pues, lógico esperar otro impulso que reconstituya sobre bases indestructibles la Asociación Internacional de los Trabajadores, aprovechando los elementos internacionales dispersos, acogiendo en su seno a cuantos trabajadores siguen falsos redentores, atrayéndose la masa de abúlicos e indiferentes que sirven de ceros a las unidades del privilegio, constituyéndose otra nueva Internacional más concreta, de más segura orientación, mejor determinada y de superior eficacia en que vengan a fraternizar con pensamiento unánime y en una acción común los trabajadores de todos los países que se propongan la inmediata conquista del patrimonio universal para comenzar la nueva vida, que resurgirá potente y esplendorosa en la sociedad regenerada.

Licenciados o despedidos por inútiles cuando no por sospechosos o peligrosos los caudillos y maestros, los que mandan a los autómatas o los que dogmatizan a los creyentes, empezando cada trabajador a ser dueño de sí mismo por haber alcanzado la liber-

tad compatible con su humana naturaleza, no será ya posible aquella reacción atávica que llevó La Internacional al Congreso de La Haya, donde la hundió la soberbia autoritaria de Marx, y de que no pudo salvarla el intento libertario de Bakounine en el Congreso de Saint-Imier.

Confirma la posibilidad de esa aspiración la consideración del valor de la experiencia, junto con la constancia de las causas que desde un principio determinaron al proletariado a declarar la lucha de clase, a organizarse para la defensa y para el ataque y a pensar en la conquista de su emancipación.

El grito «¡Asociaos, trabajadores del mundo!», lanzado por La Internacional, lo repitió el Proletariado Emancipador y lo repite actualmente el Sindicalismo, cada vez con mayor urgencia y necesidad, porque el absorbente capitalismo, constituido en clase reinante y gobernante, domina en los gobiernos y en los parlamentos, dispone, por el cálculo de sus negocios, de la paz o la guerra, y ha conducido a la humanidad a un callejón sin salida en que sólo la solidaridad de los trabajadores, de los desheredados que quieren gozar de la herencia humana y del conjunto de los bienes naturales, puede producir el desarme general, abrir paso y dejar vía libre.



## IV

### Reconstitución

La sociedad es una ampliación del individuo, es decir, de un individuo, de cada individuo.

Sin la necesidad, sentida por la impotencia individual y satisfecha por la mancomunidad, no habría sociedad.

Habiéndola, mantenida la mancomunidad por existir siempre su generadora la impotencia individual y su excitadora la necesidad, ha de subsistir y coexistir en toda su íntegra pureza el principio originario de la sociedad, a saber: la reciprocidad de deberes y derechos entre los asociados.

La humanidad no ha sabido respetar intangible esa pureza: los deseos y las necesidades, excediéndose de sus naturales límites hasta degenerar en avaricia y ambición, por una parte, y la complejidad de las necesidades y de los deseos relacionada con la mayor o menor facilidad de los medios de satisfacerlos, por otra, han producido esa confusión, ese desorden en que vivimos; y así resulta que los bienes naturales y los producidos por el trabajo son monopolizados por la usurpación propietaria, que pone en poder de una minoría toda la riqueza social y deja a la gran mayoría en la servidumbre y la miseria.

Así, pues, en el actual estado social se es privilegiado explotador o desheredado explotado.

Sobre el monismo humano, en que un individuo, todo individuo, es el tipo físico y moral de la humanidad entera, y en que una pareja tiene poder generador, se ha superpuesto el dualismo social, productor del antagonismo de los intereses, creador de las castas, de las clases y de las condiciones individuales, que inclina a cada uno a procurar ponerse a cubierto de la necesidad y de la escasez por el aumento de su participación en la riqueza social, lo que se logra siempre a costa de la disminución de la parte de los otros.

Debido a ese dualismo, el hijo del privilegiado, predispuesto por su educación especial y por su natural inclinación, al llegar a la edad en que ha de determinar su género de vida, puede pensar en cómo ha de desarrollarse y en qué lugar ha de ocupar en su relación con los demás. Atendido por sus padres, por sus servidores y por sus maestros, con conocimientos como guía y con dinero como medios, se siente constituido en centro de deseos y necesidades egoístas que procura realizar y satisfacer a toda costa, y por corta que sea su iniciativa, el dinero le abre vía y le allana las dificultades.

En tanto que el desheredado, considerado en el mismo período determinante de su vida, ve ante sí, como único medio a la vez que como único objeto de su existencia, la servidumbre del trabajo asalariado, con todo su triste cortejo de privaciones, humillaciones y miserias.

Y resulta que ante la unidad de la especie y ante la comunidad esencial del patrimonio universal, se ha establecido un dualismo absurdo, una lucha mortal, que si no ha acabado con la humanidad, porque sus individuos se reproducen, neutraliza grandes fuerzas vitales, esteriliza gran parte del poder creador y reduce al mínimo lo que habría de ser esplendente máximo.

Los trabajadores, antiguamente esclavos y siervos y en la actualidad jornaleros, se han dado cuenta al fin de que son tan hombres como sus tiranos y explotadores, de que tienen igual derecho que ellos a la participación en el haber social, y aun mejor derecho por su mayor contribución a la formación de esa riqueza producida por el trabajo, la observación y el estudio de trabajadores, observadores y pensadores de todos los tiempos, de todas las razas y de todos los países, y que por esa misma extensión y generalidad de origen no deben ni pueden ser monopolizados unos bienes que en justicia son de todos.

Ese primer sentimiento de la igualdad impulsó a los iniciadores del movimiento emancipador del proletariado a la creación de La Internacional, asociación obrera de todas las naciones, que se anunció al mundo declarando:

Que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos;

Que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos

privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes;

Que la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud política, moral y material;

Que la emancipación económica de los trabajadores es el gran objeto a que debe subordinarse todo movimiento político;

Que los esfuerzos emancipadores anteriores fracasaron por falta de solidaridad;

Que la emancipación de los trabajadores no es problema local ni nacional, sino internacional, estando su solución subordinada al concurso teórico y práctico de todas las naciones;

Que el actual movimiento obrero emancipador inspira nuevas esperanzas, enseña a no incurrir en nuevos errores y aconseja combinar todos los esfuerzos hasta ahora aislados;

Que esta asociación, como cuantas sociedades e individuos se adhieran a ella, reconocerán como base de su conducta para todos los hombres, la verdad, la justicia y la moral:

No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes.

Ese movimiento obrero y la constitución de ese nuevo y grande organismo representa un importantísimo progreso, la adopción de la ayuda mutua en oposición a la lucha producida por el antagonismo de los intereses.

Por la ayuda mutua resulta que no los más hábiles ni los más fuertes son los que triunfan en las luchas de la vida, sino los que mejor saben cooperar a la protección mutua.

## V

### **Criterio de verdad**

Reconocida por los trabajadores la inmanencia del derecho humano, ha surgido un criterio de verdad en la lucha sostenida contra los privilegiados que han pretendido prolongar indefinidamente su predominio. Veámoslo:

Actualmente pesa sobre todos una responsabilidad moral o material en concepto religioso, civil, político o filosófico, como un progreso de la igualdad.

A diferencia de las sociedades pasadas en que el paria, el esclavo y el siervo eran cosas y no personas, al proletario de hoy se le habla de un Dios creador que cubre a todos con su justicia y premia y castiga según las obras de cada uno; de una patria que ampara el derecho de los ciudadanos, que lo son todos los individuos; de una ley, cuyas transgresiones se castigan por el código con penas que varían desde la pequeña multa hasta la muerte infamante del patíbulo; de una filosofía que define la verdad en lo que respecta al individuo y a la sociedad.

Pero la responsabilidad sólo puede fundarse sobre el conocimiento: es axioma de derecho que no puede haber tirano en el mundo, por arbitrario y brutal que se le suponga, que exija el cumplimiento de una ley que antes no haya promulgado con toda claridad; y, no obstante, esa tiranía no ejecutada por los déspotas per-

sonales, la ejerce el Estado, déspota impersonal que tiraniza a los desheredados que vegetan en la ignorancia y en la miseria, a pesar de que tienen sobre sí la obligación de trabajar, y por lo tanto, desempeñan la misión social más importante.

Si no puede haber responsabilidad donde no hay conocimiento; si el Estado hace responsables a gran número de individuos que sistemáticamente reduce a la ignorancia; la consecuencia lógica es la patente injusticia de la actual sociedad.

La injusticia es evidentísima considerando que la tierra, bien común como don espontáneo de la naturaleza, no es de todos, sino de los que se la han apropiado y la detentan bajo la protección de la ley; que la ciencia, bien universal por su origen y por su constante progreso, no es para todos, ni siquiera para los que tienen aptitudes especiales, sino que se destina a los que pueden excusarse del trabajo y asistir a la Universidad en busca de un título académico para monopolizar una profesión privilegiada; que la industria está organizada de manera que sólo gana el capitalista mientras se extenúa y muere el trabajador.

En toda manifestación religiosa, política, económica y filosófica hay siempre una cuestión social: si haciendo el panegírico de Dios se nos habla como consecuencia de sumisión y obediencia a los superiores, amos, gobernantes y legisladores, es señal de que se nos quiere mansos y débiles para sujetarnos a la obediencia y a la explotación; si en nombre de la patria, de la libertad, de la democracia, se nos pide

acatamiento, disciplina y abandono de nuestros ideales emancipadores, es seguro el propósito de prolongar, de mantener subyugada nuestra voluntad; si en nombre de la producción nacional se nos asusta con la concurrencia extranjera, negándonos sencillas mejoras en las condiciones penosas del trabajo, no dudemos que tras la excusa se oculta la avaricia burguesa; si con pretexto de prudencia se pretende que dominemos nuestras enérgicas rebeldías, señal de que se nos quiere retener en degradante esclavitud; si se nos aconseja el ahorro como base de fortuna y libertad futuras, prueba de que se trata de debilitarnos con la privación y la sobreprivación para que nos debilitemos más y más hasta inhabilitarnos en absoluto para pensar en nuestra emancipación; si un sabio nos dice que en la lucha por la existencia los fuertes y mejor constituidos prevalecen sobre los débiles, y con esa teoría se pretende que dejemos a nuestros tiranos y explotadores gozar tranquilamente el fruto de la tiranía y de la explotación, rechacemos a los que tras esa teoría se parapetan, mandemos enhoramala a tanto embaucador y continuemos decididos la lucha por el ideal, considerando que lo que con todo ese arsenal de argucias y sofismas se nos exige es que pidamos a la razón un fallo contra la razón, y, por consecuencia, la anulación de nuestra voluntad, y que por propia decisión nuestra acatemos y prolonguemos indefinidamente la usurpación propietaria, la explotación capitalista y con ellas nuestra esclavitud.

Más aún: la autoridad, que considerada en abstracto parece ser la fuerza que sostiene y garantiza la justicia practicada por hombres, no puede constituir tal garantía, porque si ha de reprimir la injusticia y



castigar el delito, injustos y delincuentes son los revestidos de autoridad, y contra ellos nada pueden los sometidos a la obediencia.

No; no puede haber un Dios para los pobres, ni un código para los desposeídos, ni teorías económicas exclusivamente aplicables a los trabajadores, ni sistemas filosóficos que justifiquen la desigualdad, y, como consecuencia lógica, todo lo que oculte el propósito de perpetuar la actual división de pobres y ricos, y se disfrace con máscara religiosa, científica, filosófica y política, es falso, y a pesar de su aparatosa argumentación no puede resistir a la lógica contundente del criterio de la igualdad.

Ante la bella y majestuosa severidad de la justicia, y mediante los maravillosos adelantos de la ciencia moderna, no son admisibles dos pesos y dos medidas: lo censurable por injusto, por repugnante, no puede excusarse, aceptarse o aun premiarse en unos y castigarse en otros.

En último término: si un derecho escrito, reflejo de ideas y costumbres anacrónicas, definido por el legislador, impresionado por el ambiente de su época, tiende a prolongarse, forzosamente ha de chocar con el derecho humano, reconocido al fin, ilimitado y absoluto, como anterior y superior a toda ley escrita, cuya proclamación será la manifestación más brillante del ideal que nos promete el progreso.

## VI

### Tú, yo y cada uno

La filosofía popular —la invoco como supremo recurso para que se me entienda— dice que la fortuna ha de ser cogida por un pelo, mas la ocasión es calva, lo que quiere decir que la oportunidad se presenta siempre de manera incoercible, que sólo se conoce cuando ha pasado.

No; esa filosofía es huera, sin contenido racional, sin consecuencia importante en concepto revolucionario emancipador.

Lo positivo es que una preparación adecuada y suficiente da necesariamente el resultado deseado; mientras que lo inadecuado y lo insuficiente no llega jamás, por mucho que se extreme el deseo, adonde no puede llegar.

Con estudio, conocimiento adquirido, voluntad decidida y medios necesarios un hombre o una colectividad alcanza siempre lo que se propone.

Con cándidas plegarias, con deseos vehementes, con pasividad sistemática, con crédula confianza o con prácticas inútiles las esperanzas se desvanecen en el desierto abrasador, dejando el oasis ideal perdido en la lontananza del espejismo.

La sociedad humana, desviada de la vía emprendida en su origen y perdida en las nebulosidades místicas y en el egoísta antagonis-

mo de los intereses, llegó a perder de vista su objetivo y se vio envuelta en la iniquidad del monopolio usurpador y de la miseria del despojo, y la injusticia se saldó con la gracia y con la caridad: se pensó que el malo se regeneraba con el perdón; que al necesitado se le socorría con la limosna; y con esos remiendos oportunistas va tirando la humanidad.

Falseado nuestro entendimiento por tantos siglos de creencia en la gracia por desconocimiento de la justicia, y de confianza en la caridad por acatamiento y respeto a la usurpación propietaria, seguimos perdonando a nuestros deudores, es decir, a nuestros tiranos y explotadores, e implorando además el pan nuestro de cada día en la forma de limosna de un derecho, de una mejora y hasta de una esperanza ilusoria.

Así han vivido los pobres, los despojados, los desheredados, hasta que una voz fuerte, digno eco del propósito emancipador del proletariado, gritó: «¡A la conquista del pan!»

Con ese grito, con esa inspiración que resume maravillosamente ciencia, pasión y energía, Kropotkine ha simbolizado el triunfo de la idea, presagio cierto del triunfo de la justicia; porque, como dice Reclus,

...la verdadera, la mayor conquista, aquella de la cual todas las demás son una derivación lógica, es la obtención del pan para todos los hombres, para todos los que se llaman «hermanos», aunque la conquista del pan, tal como el verdadero progreso lo exige, ha de ser realmen-

te una conquista. No se trata simplemente de comer, sino de comer el pan debido a su derecho de hombre... Los hombres libres se miran frente a frente, y la primera condición de esta franca igualdad es que los individuos sean absolutamente independientes, cada uno respecto de cada uno, y ganen su pan por la mutualidad de servicios.

A los conquistadores del pan, es decir, a los hombres de trabajo, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo, se halla entregada la causa del progreso. A ellos tocará introducir al fin el método científico en la aplicación a los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares.

La Naturaleza no ha puesto ningún término a nuestras esperanzas. Cuanto más se pide a la naturaleza humana más da; sus facultades se exaltan con el ejercicio y no ven ya límites a su poder.

¡Oh! Cuando, tras la declaración de la reciprocidad de los deberes y los derechos, se dijo al mundo la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, se quiso decir: tú, labrador, minero, tejedor, carpintero, trabajador asalariado de cualquier oficio, obrero al servicio de la máquina o desocupado por el avance de la mecánica industrial, desheredado, jornalero, mísero *unemployed*, o abyecto paria, tú mismo, libremente asociado con

tus compañeros de trabajo y de desgracia, tan explotados como tú, tan despojados como tú de la riqueza social, has de salvarte, librando de la usurpación propietaria la tierra y los medios de producir para poner esa tierra y esos medios a la libre disposición de todo el mundo como libre es la luz, el aire, el agua, las fuerzas naturales más o menos coercibles.

Todo hombre puede ser tu colaborador; pero ninguno tu director, absolutamente ninguno, ni el mejor, ni el más sabio, ni el más elocuente, ni el más valiente; porque aunque reuniera en sumo grado todas esas cualidades juntas y otras muchas más, siempre sería inferior a la totalidad de los hombres y de las mujeres a cuyo frente se pusiera, y como su superioridad limitaría la de sus dirigidos, habría de ser un tirano. Por eso se ha dicho que el señor Todo-el-Mundo sabe más que todos los sabios.

Bueno es aprovechar coyunturas que presenten ciertas facilidades que excedan de lo corriente y ordinario; pero no ha de confiarse en la casualidad, en lo fortuito, en lo accidental, sino en la causalidad, en lo que une la causa con el efecto que se espera; no en la rifa que satisface el deseo de un cualquiera brutalmente afortunado a costa del despojo y descontento de todos los rifantes, sino en la acción cooperadora de cuantos con igualdad de empeño se proponen la realización de un bien común.

Desvanecida la masa de los creyentes y de los serviles, para dar cuerpo al conjunto de los coincidentes por pensamiento propio en

un pensamiento común; cuando el vulgo se desvanezca, el genio se generalice y la inteligencia brille libre de dogmas y convencionalismos, la humanidad reconstituirá la historia, analizará el mundo, asumirá extraordinario poder y emprenderá obras colosales que en la actualidad ni remotamente podemos concebir.

## VII

### Tántalo satisfecho y tranquilo

El sindicato es la moderna forma adoptada por los trabajadores para concertarse, defenderse y dirigirse a la libertad y a la igualdad.

El salariado, repitémoslo una vez más, es una variante de la esclavitud y ha de ser la última.

La producción en general, favorecida por los adelantos científicos y monopolizada por las compañías capitalistas, ha venido a parar al contrasentido más absurdo que pudiera imaginarse: se produce triple de lo necesario, hay capacidad productora incalculable, y la humanidad padece hambre.

El mito de Tántalo, hambriento y sediento a la orilla de un río caudaloso y a la sombra de exuberantes árboles frutales, representa hoy la situación de muchos millones de trabajadores en todo el mundo civilizado.

Hay sobrante para todos; hay condiciones para seguir produciendo de modo que nadie carezca de lo necesario y aun de que continúe sobrando para sostener toda prudente reserva; pero el monopolio primitivo, considerado justo allá en remota época e inmovilizado en la ley, en esa aparente forma de justicia y que en realidad de verdad constituye el baluarte más formidable en que puede guarecerse la injusticia para seguir ejerciendo su nefando dominio; ese monopolio que da al propietario la posesión de la tierra y, por acce-

sión, cuanto produzca o pueda producir por efecto del conjunto de las fuerzas naturales y del trabajo esclavizado o asalariado, canaliza la producción de lo necesario y de lo superfluo hacia el lado social del privilegio atraído por el dinero, y deja a la pobreza los residuos o una producción envilecida, de tercera, como destinada a una clase ínfima y vil digna sólo de consumir bazofia en inmundo y lóbrego tugurio.

Por el monopolio, por la ley que lo legaliza y justifica no sigue su esplendente curso la producción, tomando de todas partes sus elementos y distribuyéndose proporcionalmente por todo el cuerpo social.

Por ese antiguo, odioso y criminal monopolio, que no pudo destruir la revolución religiosa que predicó la fraternidad humana, ni la revolución política que proclamó la igualdad civil, y que sólo destruirá la revolución social que le arranque de cuajo desvinculando la tierra usurpada; por ese gran fraude se da el caso de producirse la escasez a causa de la abundancia.

Hay sobreproducción; no hay demanda; los almacenes rebosan; paralizase el trabajo; no hay jornal para el obrero.

Se inventan máquinas; el obrero de hierro reemplaza al de carne y hueso; no habrá ya jornal, ni pan, ni tierra que pisar para el obrero reemplazado por la máquina, y como, correspondiendo al injusto concepto de la propiedad según el derecho romano, queda el proletario, no como hombre y ciudadano libre, sino como hombre infe-



rior, como accesorio vil para completar por el trabajo y la servidumbre la ociosidad del hombre superior.

Así ha podido darse el caso inconcebible de que en la nación revolucionaria, la que dictó al mundo la famosa Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la que en todos sus edificios públicos ostenta la trilogía democrática, ha podido decirse: «en Francia sobran cinco o seis millones de trabajadores», que es como decir: sólo el privilegiado propietario es hombre, y si hay excedente de auxiliares y servidores, cúmplase la orden de Malthus: en el banquete de la vida no hay cubierto para ellos.

¡Cuerpos exhaustos y comestibles sobrantes vayan juntos al pudridero!

A este punto hemos llegado: latifundios de provincias y regiones pertenecientes a un solo propietario; archimillonarios que llegan a la posesión de mil millones; industrias supeditadas a individuos que llegan a ser llamados rey del petróleo, rey del carbón, rey del ferrocarril, a la vez que son ciudadanos de una república democrática, y que son conciudadanos de unos trabajadores que han llegado a venderse como esclavos y que han sido comprados, y de muchos miles de *unemployed*s que decidieron un día emprender un éxodo desde todos los Estados de la república para morir de hambre a las puertas del Capitolio de Washington. Tales la actual civilización.

## VIII

### Organización

De acuerdo con Mella en su *Táctica Socialista*, pienso que organización obrera emancipadora ha de ser asociación voluntaria, sin disciplina (sumisión a un dogma o una autoridad) ni jerarquía (escalafón de mandarines).

Para asociarse cierto número de trabajadores para la constitución de un sindicato dedicado a la realización de un fin emancipador, donde no lo haya constituido aún, se reúnen, formulan claramente su objetivo, determinan la manera de constituir una fuerza poderosa con el esfuerzo de cada uno y de todos juntos, y con ello queda constituida y organizada en principio una sociedad o sindicato.

En un sindicato así formado el individuo adquiere la totalidad del propio valer, multiplicado por el valer de todos sus coasociados.

Todo sindicato emancipador es un contrato o pacto que puede formularse en pocas palabras como recuerdo, como acta de constitución, como compromiso de honor entre los asociados, tanto para los fundadores como para los que se asocien durante su funcionamiento.

En un sindicato obrero emancipador, por ejemplo, puede consignarse en su pacto constitucional:

*Objeto.*— Este sindicato se propone la resistencia a la explotación capitalista como táctica constante, y la supresión del salario

por la participación de los actuales desheredados en el patrimonio universal como finalidad única.

*Medios.*— La asociación de los obreros de *tal* oficio, de *tal* industria, en *tal* localidad; la adhesión a la federación local de las sociedades obreras y aun de las de oficios varios de la misma, y a la Confederación regional, nacional o internacional de sociedades, federaciones y confederaciones obreras que concuerden con el mismo objeto.

Todos los sindicatos, federados y confederados contribuirán con una cuota voluntaria para los gastos, sostenimiento y correspondencia, distinguiéndose espontáneamente los que pueden pagar en metálico de los que por falta de trabajo no puedan aprontar su cuota, aunque unánimes todos en contribuir con sus iniciativas, con su actividad y con su constancia al funcionamiento de la sociedad, de modo que no haya carga indebida y excesiva para unos ni tampoco se prive del derecho a ser emancipado al sumido en la privación.

Cada sindicato, en uso de su autonomía, fijará su modo de contribuir a la fuerza necesaria para el concierto común de todos los sindicatos federados y confederados al objeto final, con las cuotas metálicas, pasionales, intelectuales y energéticas que pueda.

*Condiciones generales.*— Todos los sindicatos federados y confederados son iguales, solidarios y libres en su sindicato y en toda la Confederación, pudiendo ingresar con pleno derecho en la sociedad de su oficio o de su industria en cualquier población del mundo

donde la haya confederada o en el de oficios varios donde no los hubiera de su oficio.

*Observación general.*— Si los sindicatos de oficio pueden servir, por los conocimientos técnicos, para determinar las conveniencias y oportunidades de la lucha contra la explotación patronal, los de oficios varios, además de preparar la constitución de sindicatos aun no constituidos por escasez de número, pueden trabajar como centros de estudios sociales y de propaganda con el concurso de todos los obreros federados, constituyendo un ateneo sindicalista.

Con esta orientación, con esta determinación voluntaria se puede ir al objeto, solucionando cada caso, cada dificultad, cada conflicto con la integridad de la fuerza emotiva, pensante y actuante del fecundísimo principio de asociación; de modo que cada sindicato, federado y confederado sienta en sí, primero su personalidad, y, además, como formando parte de ella y multiplicándola infinitamente, el poder de todos sus compañeros ampliado en tan extensa proporción.

Siendo la organización una combinación racional de fuerzas para la consecución de un fin, el poder orgánico no viene de las palabras componentes del articulado de un reglamento, ni de la autoridad otorgada a un socio por cesión de derechos de los asociados, sino del hecho mismo de la unión en un pensamiento y en una voluntad común de todos.

En el funcionamiento sindical no ha de haber delegación, ni autoridad, ni disciplina; sólo hay división del trabajo. Miembros iguales

en deberes y derechos en una asociación, aunque con la diversidad de aptitudes físicas, morales e intelectuales propias del temperamento, de la educación, de la edad, de la cultura de cada uno, cooperan voluntariamente a determinado propósito, y voluntaria y libremente se distribuyen las labores comunes, manteniendo la relación necesaria para que resulte el debido concierto.

La fuerza y el poder de todo sindicato, federación y confederación reside, no en una ficción autoritaria, ni en una abstracción ideológica, sino en sí mismo, en todo acuerdo, en todo plan adoptado por todos los asociados a quienes directamente interese, mediante el estudio previo necesario. No es la fuerza el imposible de una unión heterogénea, sino la coincidencia en una acción de muchas conciencias y muchas voluntades perfectamente homogéneas.

En caso de divergencia, que sólo puede resultar de diferencia de punto de vista de un asunto y de sus inconvenientes y ventajas especiales, mientras no resulte dualismo desviador, se intentará fraternalmente la resolución en uno de los diversos proyectos, y si no, si los recursos lo permitieran, se llevarían todos a la práctica o se abandonarían todos hasta mejor ocasión.

Es notable el caso supuesto por Juan Grave en *Tierra Libre*. Unos deportados que por efecto de una tempestad caen en una isla desierta, organizan el trabajo y la producción en una colonia comunista, discuten sobre las ventajas e inconvenientes de cuatro terrenos diferentes para sembrar las semillas de que disponían y de las

cuales dependía su subsistencia. Cada fracción defiende su proposición con calor y con exclusivismo; los desapasionados proponen la adopción de los cuatro terrenos y la consiguiente distribución de las semillas y del trabajo. Adoptada esta proposición, cuando los cuatro terrenos estaban a punto de dar abundantísimos frutos, una tempestad, un aguacero y una inundación inutilizaron dos de los terrenos cultivados; salváronse los otros dos, y los colonos quedaron satisfechos al considerarse en condiciones viables por no haberse encerrado en mortal exclusivismo.

Teniendo razón cada fracción exclusivista, lo mismo las salvadas que las destruidas, el exclusivismo hubiera causado la muerte de la colonia a haber adoptado una de las dos desgraciadas, o la hubiera salvado la casualidad si se hubiera aceptado una de las favorecidas. El resultado fue que la salvación de la colonia se debió a la prudencia.

Los reglamentarios, los que para realizar el objetivo de una asociación desconfían de la actividad individual espontánea y pretenden lograrlo por la previsión reglamentaria, que fija las obligaciones de los asociados a la manera de un código, no pueden comprender la diferencia que ha de haber entre la sociedad general, en que forzosamente entramos todos al nacer, permaneciendo en ella rutinaria e inconscientemente, y las sociedades libremente formadas para realizar fines deseados en virtud de excitaciones mentales y pasionales.

Compréndese que los deberes impuestos a los individuos pertenecientes a clases inferiores en beneficio de otros que pertenecen a clases privilegiadas se cumplan sin voluntad, sin amor y bajo la presión de la amenaza y el temor del castigo; pero no en las sociedades libres, ni menos en las fundadas para establecer la libertad y la igualdad.

Penetrémonos bien de esta idea: en ningún caso, ni autoridad personal, ni mayoría de socios que se imponga a la minoría. La verdad, la bondad y la justicia, que pueden ser reconocidas por una inteligencia común especialmente capacitada, han de prevalecer siempre. Contra un dictamen razonado y evidente no hay decreto ni votación que valga. La razón y la voluntad han de tener siempre libre y expedito el paso para lo verdadero, lo bueno y lo justo en cuanto sea reconocido.

## IX

### Objeción

Llegado este momento surge el veto atávico diciendo: esa orientación no es práctica; se necesita el reglamento y la autoridad.

Aceptada la objeción; mas para desvanecerla racionalmente:

Las necesidades de la existencia son variables al infinito; pero las manifestaciones de la actividad, del pensamiento, de la voluntad, los deseos y los actos morales o materiales de nuestro organismo individual y de todo organismo colectivo no se repiten jamás en identidad de circunstancia, condición y ambiente, y, por tanto, la previsión reglamentaria es imposible. Por haberlo, reconocido así los legisladores aplicaron a los códigos penales las circunstancias atenuantes o agravantes con la idea de aproximarse algo a la justicia.

Los reglamentos, por defecto o por exceso, se hallan en todo momento y en cada caso concreto fuera de la realidad, y, habiendo de dominar lo imprevisto, para no caer en la inadaptación de lo previsto, ha de confiarse al buen sentido, a la buena voluntad y a la oportunidad urgente, el desenvolvimiento sindical.

Estamos por decir, dice Ricardo Mella, que las manifestaciones de la actividad, del pensamiento, de la voluntad; que los deseos y los actos morales o materiales de nuestro organismo individual y de cualquier organismo colectivo, no se repiten jamás. Y si se repiten, nunca en



las mismas circunstancias, del mismo modo condicionados y en idéntico ambiente... No siendo posible una absoluta previsión, lo que ocurre es que los reglamentos, por defecto o por exceso, se hallan a cada paso en contradicción con las demandas de la realidad...

La autoridad, que resume en un hombre el poder de muchos hombres reducidos a abúlica pasividad y a la obediencia humillante, además de establecer la desigualdad entre los que mandan y los que obedecen, supone el imposible de dar a uno el conocimiento y la voluntad de todos. Y si este absurdo, como imposición histórica, rige en la sociedad en que sin discernimiento y sin voluntad hemos entrado al nacer, no ha de prevalecer en sociedades libres en que se entra, se sale o no se entra, y en cuya organización puede tenerse en cuenta la ciencia y la experiencia.

Tomamos también los siguientes pensamientos de Mella:

Donde huelgan los reglamentos, huelgan también los directores... Toda asociación vive por virtud de su propia fuerza, no por la milagrosa potencia de cualquier poderoso con ella investido... La soberanía colectiva es la trampa donde cae ordinariamente la soberanía individual... No procede del sol toda la vida del sistema planetario, sino que reside en los infinitamente pequeños del todo cósmico; así también la acción no procede de los órganos directivos que se llaman gobiernos —y se atribuyen

propiedades de soles por inmodestia— sino que viene directamente y es siempre la resultante del esfuerzo combinado de esas despreciables unidades sociales que se llaman hombres... En el campo socialista obra son de los jefes o directores las intrigas, las luchas personales, los odios que disgregan los más sanos organismos. Obra suya es la paralización del movimiento social cuando no su desviación hacia los horizontes malsanos de las prácticas burguesas.

En cuanto a reunir dinero para gastos permanentes o eventuales, una vez demostrada y sentida su necesidad no ha de pensarse en la monotonía de la cuota que mide por una cifra igual para todos el deber de cada uno, tomando como norma para la igualdad la miserable pequeñez del egoísmo, sino que ha de dejarse libre el poder y la voluntad individual para que se eleve a sublimes alturas altruistas; y si se trata de la acción individual como base de la energía colectiva, considérese que si en ninguna corporación se prescribe la abnegación ni el heroísmo como deber particular, abundan siempre y casi nunca faltan en los casos necesarios los abnegados y los héroes.

Además, con la autoridad de un presidente o de una junta, el encarrilado de un reglamento, la uniformidad de una cuota y la obediencia o cumplimiento reglamentario de los socios rebaja una sociedad la actividad incalculable de sus asociados a un mínimo que, sólo por serlo y por renunciar al máximo, ya es un grave mal;

sin contar con que la única actividad que se propone aprovechar, la de los nombrados para la gestión directiva y administrativa, queda viciada por la superioridad atribuida a los mandarines, la inferioridad de los mandados y la injusticia esencial de la igualdad de la cuota entre individuos cuya diferencia de medios para contribuir al objetivo de la sociedad puede ser muy diferente.

Contra el atavismo que nos sujeta a la letra legal o reglamentaria ha de prevalecer el buen sentido, la prudencia y la pasión en racional equilibrio como norma de la actividad sindical.

No puede ser ya el tipo del buen socio el compañero que paga su cuota con la periodicidad reglamentaria, que asiste a las reuniones donde discute y vota, que desempeña con regularidad los cargos para que se le elige, y que considera el sindicato de que forma parte como un accesorio en la aplicación de su actividad vital.

No es el sindicato aquel antiguo gremio que establecía una tarifa impuesta a los patronos para la mejora de las condiciones de trabajo y aumento de jornal, y que consideraba el ideal emancipador como una aspiración realizable en un futuro remoto.

El sindicato y el sindicato constituyen una nueva familia, que debe ampliar nuestros buenos sentimientos por efecto de la grandiosidad de los beneficios que nos da con la solidaridad fraternal, y de los que nos promete con el ideal de nuestra libertad y de la igualdad social.

La realización de ese ideal, realizable tras el aniquilamiento del privilegio, hemos de considerarle como inmediato, toda vez que depende de nuestro pensamiento, de nuestra voluntad y de nuestra energía.

Es pueril hablar de su proximidad o de su tardanza; se realizará cuando para ello se reúna la suma de fuerza necesaria y suficiente.

Por tanto, desarrollar nuestras facultades en su servicio es nuestro preferente deber, considerando que si anticiparle fuera de sazón es disparatado, retrasarle por indolencia es un crimen de lesa humanidad.

## Ascendencia del Sindicalismo

A título de confirmación histórica de las ideas anteriormente expuestas, y como recuerdo de plática amistosa que tuve poco antes de aparecer la presente publicación con buenos compañeros de Sabadell, expongo lo siguiente:

La influencia de La Internacional, manifestada por los delegados de Madrid y algunos de Barcelona, y la idea de asociación, practicada casi exclusivamente en Cataluña y débilmente sentida en el resto de España, se fundieron en un sentimiento común en el primer Congreso obrero español, celebrado en Junio de 1870, en cuya primera sesión una brillante representación del proletariado español acordó unánimemente su adhesión a la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Formuló aquel Congreso un ideal de libertad y de igualdad y una organización obrera libertadora e igualitaria, con que dio a los trabajadores españoles aquella pura orientación, actualmente combatida por neo-socialistas y parlamentarios, pero que se mantiene por los sindicalistas modernos en su íntegro vigor, dispuesta a vivir tantos años como sean necesarios para que pueda y deba ser considerada como obra realizada y punto de partida para futuros avances progresivos.

Más aun; detalle importante olvidado o desconocido: la orientación de aquel Congreso fue presentada por la delegación de la Conferencia de Valencia de 1871 a la Conferencia de Londres del mismo año; y me atrevo a asegurar que si los delegados internacionales reunidos en Londres hubieran sentido, pensado y resuelto como los buenos orientadores de Barcelona, a que les invitó el delegado español, y el proletariado mundial hubiera continuado aquella vía, La Internacional hubiera entrado en el siglo XX con los honores del triunfo.

No sucedió así; lo impidieron muchas causas; pero conste el dato histórico, y aprovechemos la lección con el fin de evitar retrasos lamentables; el moderno sindicalismo desciende en línea recta de los acuerdos del primer Congreso obrero de Barcelona y del proyecto de organización obrera presentado por la delegación española a la Conferencia de Londres de 1871, recopilados en aquellos reglamentos típicos publicados por la Federación local de Barcelona. En aquella recopilación se hallan los estatutos internacionales, nacionales, locales, de federación de oficios y de oficios símiles, y reglamentos de agrupación local, de sección de oficio, de sección de oficios varios, de agricultores, de sociedad cooperativa de consumo, terminado por un reglamento de discusión.

Un error, impuesto por los antecedentes y las circunstancias, deslizado en aquella organización, reconocido y abandonado después por unos, y no reconocido y continuado aún por otros, mantie-

ne un pernicioso dualismo obrero, favorable al capitalismo y a los gobernantes.

Confiraron los internacionales primitivos en la eficacia de las cajas de resistencia, y atribuyeron al dinero un poder revolucionario que no tiene, que no puede tener, porque, su posesión constituye privilegio, inspira desconfianza, rebaja los caracteres y mata la natural rebeldía.

Adosaron a la organización obrera la caja de resistencia, como recurso para imponer legalmente condiciones al capital por medio de la huelga sobre la base del subsidio a los huelguistas; y la práctica ha demostrado, además de su ineficacia para el objeto principal, que ha servido para suscitar ambiciones y para crear una burocracia obrera con todas sus funestas consecuencias.

Los burgueses, tomando ejemplo de los trabajadores, se organizaron a su vez para contrarrestar la resistencia obrera, y, disponiendo de mucho más dinero, con superior inteligencia y con el apoyo gubernamental, predominaron.

He ahí, sin frases, explicada una de las causas del fracaso general de La Internacional, y la principal del de las Federaciones internacional y nacional españolas.

Estudiando detenidamente tan importante asunto, se halló que si a la fuerza de las modernas compañías industriales se agrega el poder de la solidaridad burguesa, resultará que la cuota obrera es a

la guerra económica lo que la antigua fusilería y las barricadas al poder del moderno armamento y de la táctica novísima en un alzamiento popular.

En efecto, ramos hay de la industria que han celebrado pactos internacionales destinando un tanto por ciento considerable, equivalente a lo que reportarían los beneficios de los industriales atacados por la huelga, si sus fábricas funcionaran normalmente, pagados por los industriales extranjeros beneficiados con la demanda extraordinaria causada por la huelga.

El dinero de defensa burguesa acumulado de ese modo asciende a muchos millones. ¡Qué vale ante ellos el montón de céntimos solidarios, picado además por funcionarios, representantes y vividores!

Reconoce la burguesía, y con ese reconocimiento tiene siempre asegurado, el apoyo decisivo del gobierno, que no debe alterarse el equilibrio económico establecido sobre la reciprocidad entre la oferta y la demanda, ni siquiera para atender las quejas lastimeras lanzadas por los desheredados, porque lo contrario representa la perturbación del orden social.

Por su parte, el proletariado no puede avenirse a la condición de permanente y mísera inferioridad, y reconociendo que la lucha por la justicia social no es una subasta en que el objeto codiciado haya de adjudicarse al mejor postor, desprecia el dinero, le rebaja de condición y le emplea en menesteres secundarios de organización, librando al ideal de la vileza del precio.



He ahí por qué los obreros emancipadores españoles que tan noblemente sintieron el ideal, visto que la organización de su segunda Federación Española se empequeñecía por atavismo autoritario, la disolvieron, dejando a los atávicos incorregibles que se aburrieran en el neo-socialismo de su partido obrero y de su U.-G.T., viniendo al fin, tras largo período de luchas y persecuciones, a quedar patente que el neo-socialismo parlamentario es una desviación traidora, y que el sindicalismo, que va a la supresión del patronato y del salariado, se halla en la vía que conduce a la conquista del patrimonio universal.

Se confirma lo expuesto con los siguientes datos históricos:

De mi *Proletariado Militante* y capítulo referente a la Conferencia de Londres tomo lo siguiente:

Lo único en carácter, lo genuinamente obrero, lo puramente emancipador tuve yo el alto honor de presentarlo a aquella Conferencia: la Memoria sobre organización formulada por la Conferencia de Valencia.

Ante delegados de naciones tan industriales como Inglaterra, Alemania y Bélgica, avezadas, especialmente la primera, a las luchas económicas, causó gran efecto aquel engranaje de sociedades y federaciones de todos los oficios, de oficios similares y de oficio único, con sus comisiones de propaganda y correspondencia, sus estadísticas, sus congresos, sus cajas de resistencia y toda

aquella vida intelectual y de acción, capaz, de ser bien practicada, de efectuar, no sólo la revolución social en breve plazo, sino de organizar por su propio funcionamiento la sociedad futura.

De aquella Conferencia trata James Guillaume, en *L' Internationale, documents et souvenirs (1864-1878)*, de donde traduzco lo siguiente:

El delegado español Anselmo Lorenzo, único que llevaba un mandato imperativo, presentó a la Conferencia un trabajo serio, elaborado por una reunión de delegados de las secciones españolas. Aquel trabajo, que hubiera podido contrariar las decisiones previamente adoptadas por Marx y sus amigos, fue escamoteado so pretexto de traducirlo; arreglándose para hacer creer que el proyecto español vendría como enmienda al del Consejo general, sin más consecuencia que la mención en el párrafo 3º del artículo XIII de los acuerdos de aquella Conferencia, qué dice así:

«La Conferencia da gracias fraternalmente a los miembros de la Federación Española por su trabajo sobre la organización internacional, que prueba una vez más, su abnegación por la obra común.»

La Memoria presentada a aquella Conferencia era un extracto del folleto *Organización Social de las Secciones Obreras de la Federación Regional Española*, adoptado por el Congreso obrero de Bar-

celona de Junio de 1870, que reconstruyo al presente según mis recuerdos y teniendo a la vista el citado folleto, con lo cual este trabajo puede reunir el doble carácter de significación histórica y de excitación de propaganda sindicalista.

Redactaron aquella Memoria los delegados de la Conferencia de Valencia encargados de dictaminar sobre la reforma de Estatutos, quienes, en el prefacio que escribieron para la segunda edición reformada de la *Organización Social*, declararon, lo mismo que en dicha Memoria, lo siguiente:

Para lograr el objeto que se propone la Asociación Internacional de los Trabajadores tiene en sí diferentes organizaciones, que parten de la *Sección*, y que se forman por los diversos pactos que éstas hacen entre sí. Así, por ejemplo, la *Sección*, pactando con otras del mismo oficio, a fin de estudiar los problemas propios y peculiares a éste y para verificar la resistencia al capital, constituye la *Federación de oficio*; la *Sección*, pactando para el mismo objeto con todas aquellas otras cuyos oficios se complementan entre sí por concurrir a la producción de un todo, constituyen la *Federación* (Confederación debe decir) *de Federaciones de oficios*, o sea lo que se llama *Unión de oficios similares*; la *Sección*, pactando con todas las demás de la misma localidad, sin distinción de oficio, con objeto de lograr la completa y radical emancipación de

los trabajadores, constituye la *Federación local*, que, federándose con todas las demás de la misma región, constituye la *Federación (Confederación) regional*, y ésta a su vez, federándose con las demás *Federaciones regionales*, forman la *Gran Federación Internacional*.

Póngase *Sindicato* donde dice *Sección, Nación y Nacional* en vez de *Región y Regional*, y *Confederación* donde las entidades pactantes son Federaciones, y podríamos tomar el párrafo transcrito como síntesis de organización sindical.

Las Secciones de la misma localidad —sigo copiando— que pertenecen a una *Unión*, constituyen la *Agrupación local* de la Unión.

La Federación de oficio y la Unión de oficios tienen por objeto principal su mejora de posición dentro de la sociedad actual, y estudiar las condiciones en que ha de verificarse la producción en la sociedad del porvenir.

El objeto de la Federación local y la Federación (o Confederación) regional (o nacional) es llegar cuanto antes a la revolución social para lograr la emancipación económico-social de los trabajadores.

La representación de la Sección (o Sindicato) es el Comité de la misma; la de la Federación de oficio, la Comisión pericial; la de la Agrupación local, la Comisión de la

misma; la de la Unión, el Consejo de la Unión; la de la Federación local, el Consejo local; la de la Federación regional (o Confederación Nacional), la Comisión federal.

La representación de la Asociación Internacional de los Trabajadores residía en el Consejo general.

Para dar a la organización obrera la mayor solidez posible, tanto en concepto de resistencia como en el de organización del trabajo, formularon un bosquejo de las *Uniones de oficios símiles*, fundado en el movimiento y desarrollo de la actividad dedicada a la satisfacción de las necesidades del individuo y de la sociedad, y destinado a indicar una vía para el estudio y la práctica de tan importante asunto de la ciencia social.

He aquí una idea de aquel trabajo:

*Unión de los Trabajadores del Campo.*— Comprende labradores, hortelanos, ganaderos, pastores, vinicultores, arrumbadores, floricultores, herboricultores, arboricultores, sericultores, corcheros, agrónomos, carpinteros-constructores de cajas, carboneros, esparteros, etc.

*Unión de los Obreros de las Industrias de la Alimentación.*— Comprende molineros, panaderos, semoleros, pasteleros, confiteros, chocolateros, carniceros, vendedores, salineros, obreros de la industria de conservas ali-

menticias, dependientes de fondas, cafés, tabernas, cervecerías, etc.

Por el mismo estilo formulaba las Uniones de obreros de las industrias del vestido, de la edificación, de la manufactura, de la imprenta, de los servicios públicos, del mar, de las minas, de la metalurgia, de la ebanistería, de la joyería, de constructores de vehículos, de instrumentos de precisión, de la química, de ferrocarriles, etc., dejando la consolidación, reforma o transformación de esas Uniones, según las transformaciones industriales sucesivas, al estudio y a la iniciativa de los trabajadores y de sus corporaciones.

## XI

### Transcendencia del Sindicalismo

La primitiva Federación Regional Española —entiéndase Confederación Nacional, como queda indicado— fundaba su adhesión a La Internacional en estas consideraciones:

1.<sup>a</sup> Que los esfuerzos aislados de los trabajadores siempre han sido estériles para mejorar la posición de su clase, y que sólo la asociación ha podido alcanzar este objeto hasta donde es posible en la sociedad actual, basada en el privilegio y la injusticia;

2.<sup>a</sup> Que las asociaciones aisladas no son capaces de obtener la emancipación pronta y completa de los trabajadores, dando a la sociedad humana por base la Igualdad y la Justicia, sino que este objeto final de las aspiraciones y esperanzas del proletario, sólo puede conseguirse por la solidarización de todas las asociaciones trabajadoras.

En los estatutos típicos de Federación local de secciones obreras, se consignaba como objeto fomentar la asociación entre todos los trabajadores de la localidad, a fin de realizar su emancipación económico-social, que se explicaba así:

a) Librarnos los trabajadores de toda tiranía, así social como económica, cualquiera que sea su nombre y la forma en que se halla constituida;

b) Hacer que el capital, las primeras materias y los instrumentos de trabajo, vayan a parar a manos de los que directamente los utilizan, o sea a manos de trabajadores organizados en asociaciones libres, agrícolas e industriales, a fin de librarse de la esclavitud del salario y conseguir que la sociedad llegue a ser una libre federación de libres asociaciones obreras.

La Unión de oficios símiles, según los estatutos típicos, era una especie de confederación de agrupaciones o pequeñas federaciones locales de oficios, constituidas en vista del siguiente objetivo:

1.º Ir determinando, según la experiencia lo indique, la forma que en la sociedad del porvenir ha de tener la organización del trabajo, la producción y el equitativo reparto de la misma, en los oficios que, teniendo una ocupación diferente, concurren a la producción de un todo: los trabajadores agrícolas, los trabajadores del mar, los constructores de edificios, por ejemplo.

2.º Preparar y poner en condiciones económicas a las secciones que forman la Unión, para que puedan luchar con ventaja contra las arbitrariedades de los monopolizadores del capital y de los instrumentos del trabajo. Para ello deberá reunir y tener en cuenta los estudios que vayan haciendo los diferentes congresos y comisiones periciales de los oficios que componen la Unión. Con esto se conseguirá preparar las huelgas científicamente y determinar su triunfo antes de llevarlas a cabo, practicando de este modo la solidaridad obrera.



3.º Las Uniones deberán encaminar la lucha que sostienen contra el capital explotador, en el sentido de poner cuanto antes a los trabajadores en condiciones de alcanzar la emancipación social, para lo cual deberán, ante todo, procurar la reducción de las horas de trabajo y, en cuanto sea posible, la equivalencia de jornales.

La Agrupación local de oficios similares se proponía propagar y fomentar la organización de la Unión, ayudando en sus trabajos al Consejo de la misma y cooperando a la administración y dirección de las huelgas.

La Federación de oficio tenía por objeto estudiar, por medio de los datos estadísticos, las condiciones del trabajo del mismo, causas o motivos de su progreso o decaimiento, y todo lo que contribuyera a dar una idea exacta del estado moral, intelectual y material del oficio en la región española.

La Sección obrera, la antigua sociedad o el moderno sindicato, expresaba su objeto del siguiente modo:

Esta Sección tiene por objeto reunir a todos los trabajadores de un mismo oficio, residentes en una localidad y contornos, para que, unidos con los del mismo oficio de dentro y fuera de España, pueda formar la Federación (Confederación) universal del oficio; y federándonos al mismo tiempo con las diferentes secciones obreras de la localidad, constituir la Federación local, que, unida a las demás Federaciones locales, forman la Federación regional española (Con-

federación Nacional de España) de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

La Sección (el Sindicato) reconoce que sólo dentro de esta Asociación y solidarizando sus esfuerzos, pueden los trabajado realizar, segura y radicalmente, su emancipación económica y social, destruyendo de una vez y para siempre el parasitismo del capital, que hoy esteriliza y anula completamente los esfuerzos del trabajo.

Como medios para la realización de su objeto, señalaba los siguientes:

1.º Constituir una caja de resistencia. (La indico como recuerdo histórico, pero como idea desechada por ineficaz, y contraproducente según las demostraciones de la experiencia.)

2.º Formar, en unión de las secciones (sindicatos) del mismo oficio, la Federación (Confederación) nacional e internacional del mismo.

3.º Procurarnos por todos los medios posibles: la enseñanza integral, la cooperación federativo-solidaria de consumos, la asistencia mutua en toda su extensión, socorros para casos de enfermedad, defensa, colocación, etc.

4.º Todo lo que sin crear privilegios, ni aun en nuestro propio beneficio, tienda más o menos rápidamente a la destrucción de los que existen, y que nos condenan a vivir considerados como simples máquinas.

5.º Todo lo que tienda a que los frutos del trabajo sean propiedad del trabajador, y que los instrumentos del trabajo sean propiedad colectiva de las colectividades obreras que los empleen. El trabajo para todos; el fruto del trabajo para el que lo produzca.

6.º Todo lo que tienda a realizar el lema de nuestra Asociación: «No más derechos sin deberes; no más deberes sin derechos».

Para completar el estudio del ideal revolucionario de La Internacional, y para demostrar que el Sindicalismo moderno es La Internacional misma que reaparece tras una tregua histórica, paréceme útil completar el bosquejo de la organización adoptada por la Federación Española, y propuesta a todas las Federaciones nacionales y a la Internacional, con la idea de la solidaridad expuesta por Bakounine, tomada del sexto volumen de las *Obras de Bakounine*, publicadas por James Guillaume. Este trabajo ha sido reproducido por *Tierra y Libertad*, tomado de *La Bataillie Syndicaliste*, y va precedido del siguiente juicio:

Nuestro amigo James Guillaume acaba de prestar un nuevo servicio al movimiento revolucionario publicando el sexto volumen de las *Obras de Bakounine*. Para señalar a los compañeros todo el interés que les inspirará su lectura, publicamos el siguiente fragmento. La solidaridad internacional e intercorporativa que une a los trabajadores jamás fue explicada con más claridad y sencillez. Todos los principios esenciales del sindicalismo revolu-

cionario se hallan aquí consignados, atestiguando que nuestras ideas tienen raíces profundas en un período ya lejano del movimiento obrero contemporáneo. Su persistencia es una nueva prueba de su valor y viene a punto para inspirarnos confianza en su triunfo.— H. A.

En las secciones corporativas, dice Bakounine, los obreros se hallan reunidos y organizados, no por la idea, sino por el hecho y por las necesidades mismas del trabajo idéntico. El hecho económico de una industria especial y de las condiciones particulares de la explotación de esta industria por el capital, la solidaridad íntima y particularísima de intereses, de necesidades, de sufrimientos, de situaciones y de aspiraciones que existe entre todos los obreros que forman parte de la misma sección corporativa, forma la base real de su asociación. La idea viene después, como explicación o como expresión equivalente del desarrollo y de la conciencia colectiva y refleja de tal hecho.

No necesita gran preparación intelectual un obrero para entrar en la sección corporativa que representa su oficio (el Sindicato de su oficio). Ya es miembro de ella naturalmente antes de darse cuenta de ello. Lo que le falta saber ante todo es que se sacrifica y se agota trabajando, y que ese trabajo que le mata, insuficiente para el

sustento de su familia, y para renovar pobremente el desgaste de sus fuerzas, enriquece a su patrón, que es su cruel explotador, su opresor infatigable, su enemigo, su amo, al que sólo debe odio y rebeldía de esclavo, aunque le conceda después, cuando le haya vencido, la justicia y la fraternidad del hombre libre.

También debe saber, lo que comprenderá fácilmente, que solo es impotente contra su amo, y que para no dejarse aniquilar por él, debe asociarse con sus compañeros de taller, serles fiel a pesar de todo en cuantas luchas se susciten en el taller contra ese amo.

Debe saber igualmente que no basta la unión de los obreros de un mismo taller, sino que es necesario que estén unidos todos los obreros del mismo oficio que trabajan en la misma localidad. Sabido esto, lo que la experiencia diaria le enseñará en seguida, a menos de que sea excesivamente torpe, queda hecho un excelente socio de su sección corporativa (del Sindicato de su oficio). Constituida la sección de hecho (el Sindicato), carece aún de la conciencia internacional; es sólo un hecho local; pero la misma experiencia, esta vez colectiva, no tarda en romper, en la mente del obrero menos inteligente, las estrecheces de esa solidaridad exclusivamente local.

Sobreviene una crisis, una huelga: los obreros del mismo oficio, en un punto cualquiera, hacen causa común, exigiendo de sus patronos un aumento de jornal o una disminución de horas de trabajo. Los patronos se niegan; mas como no pueden prescindir de los obreros, hacen venir otros de otras localidades o provincias del mismo país o hasta del extranjero. Pero en esos países los obreros trabajan más por menos jornal; los patronos pueden, pues, vender más barato sus productos, y por lo mismo, compitiendo con los productos del país en que los obreros ganan más con menos trabajo, obligan a aquellos patronos a reducir el jornal y a aumentar el trabajo de sus obreros, de lo que resulta que a la larga la situación relativamente soportable de los obreros en un país no puede sostenerse sino a condición de que sea igualmente soportable en todos los demás países. Todos esos fenómenos se repiten con harta frecuencia para que puedan escapar a la observación de los obreros más sencillos. Entonces acaban por comprender que para garantizarse contra la opresión explotadora y siempre creciente de los patronos no es suficiente una solidaridad local, sino que ha de extenderse a todos los obreros del mismo oficio, no solamente en la misma provincia o en la misma nación, sino en todas las naciones, y sobre todo en aquellas más particularmente ligadas entre sí por re-

laciones de comercio y de industria. Entonces se constituye la organización, no sólo local y nacional, sino realmente *internacional* del mismo cuerpo de oficio.

Suponiendo que la solidaridad internacional queda perfectamente establecida en un solo cuerpo de oficio, y que no lo esté en los otros, resultará necesariamente que en esa industria será más elevado el jornal de los obreros y menor el número de horas de trabajo que en todas las otras industrias. Y como está probado que, a consecuencia de la concurrencia que capitalistas y patronos se hacen, el verdadero beneficio de unos y otros no tienen más origen que la pequeñez relativa de los salarios y el mayor número posible de las horas de trabajo, es evidente que en la industria cuyos obreros sean internacionalmente solidarios los patronos ganarán menos que en todas las demás; en cuya consecuencia, los capitalistas transportarán poco a poco sus capitales y los patronos sus créditos y su actividad explotadora a las industrias en que los obreros estén más atrasados en su organización.

Como consecuencia necesaria de ese transporte, en la industria internacionalmente organizada disminuirá la demanda de trabajadores, lo que empeorará naturalmente la situación de éstos, obligándolos, para no morir de

hambre, a trabajar más por menos jornal, resultando que las condiciones de trabajo no pueden empeorar ni mejorar en ninguna industria sin que los trabajadores de todas las industrias se resientan pronto, y que todos los cuerpos de oficio en todos los países del mundo son positiva e indudablemente solidarios.

Esta solidaridad se demuestra tanto por la ciencia como por la experiencia, toda vez que la ciencia no es más que la experiencia universal puesta de relieve, comparada, sistematizada y debidamente explicada. Pero además se manifiesta al mundo obrero por la simpatía mutua, profunda y apasionada que, a medida que los hechos económicos y que sus consecuencias políticas y sociales, cada vez más amargas para los trabajadores de todos los oficios, se hacen sentir más, crece y se hace más intensa en el corazón del proletariado.

En efecto, los obreros de cada oficio y de cada nación, advertidos, por una parte, por el concurso material y moral que en las épocas de lucha hallan en los obreros de todos los oficios y de todas las naciones, y, por otra, por la reprobación y por la oposición sistemática y odiosa que encuentran, no sólo en sus propios patronos, sino también en los de las industrias más diferentes de la suya y en la burguesía en general, llegan al conocimien-



to perfecto de su situación y de las condiciones fundamentales de su liberación. Ven que el mundo social está realmente dividido en tres categorías principales: 1.<sup>a</sup> Los innumerables millones de proletarios explotados; 2.<sup>a</sup> Centenares de miles de explotadores del segundo y aun del tercer orden; y 3.<sup>a</sup> Algunos miles, o a lo sumo algunas decenas de miles de hombres de presa o capitalistas bien engrasados que, explotando directamente la segunda categoría e indirectamente, por medio de ésta, la primera, embolsan lo menos la mitad de los beneficios del trabajo colectivo de la humanidad.

En cuanto un obrero se hace cargo de ese hecho especial y constante, por poco desarrollada que se halle su inteligencia, pronto comprenderá que su salvación consiste únicamente en el establecimiento y la organización de la más estrecha solidaridad práctica entre los proletarios de todo el mundo, sin diferencia de industrias ni de naciones, en la lucha contra la burguesía explotadora.

He ahí, pues, la base de la gran Asociación Internacional de los Trabajadores (entiéndase este razonamiento aplicado al Sindicalismo moderno), demostrada, no por una teoría debida a uno o varios pensadores, sino por el desarrollo positivo de los hechos económicos, por las duras pruebas que esos hechos hacen sufrir a las masas

obreras y por las reflexiones y los pensamientos que suscitan en su seno. Para que la Asociación se fundara fue preciso que todos esos elementos necesarios que la constituyen, como hechos económicos, experiencia, aspiraciones y pensamientos del proletariado, se hubiesen ya desarrollado en un grado suficientemente intenso para formarle una base sólida; fue necesario que en el seno mismo del proletariado se hallasen ya, diseminados en todas las naciones, grupos o asociaciones de obreros bastante avanzados para tomar la iniciativa de ese gran movimiento de la liberación del proletariado.

## XII

### Dignificación del trabajo

Los trabajadores sindicados, federados y confederados que han tomado a su cargo su propia emancipación, abandonan, renuncian por completo el sistema de súplica, de representación y de delegación, y adoptan lógicamente la gestión por sí mismos de su emancipación. Ya no se repetirá el antiguo refrán «a dios rogando y con el mazo dando», sino que darán con el mazo sin rogar a ningún dios, ni al gobierno, ni al gobernador, ni al obispo, ni al diputado, ni al alcalde, ni al cacique, ni a nadie, sino que estableciendo lógica relación entre el saber, el querer y el poder, ejecutarán acción individual, multiplicada por el sindicato y elevada a su máxima e invencible potencia por el saber, el querer y el poder de federaciones, confederaciones y Gran Confederación Mundial, que si aun viven como ideal y proyecto, serán un hecho en cuanto la voluntad obrera desarrolle toda su eficacia.

La acción propia, que otros llaman acción directa, tiene abolengo histórico: toda ley, toda reforma, toda concesión beneficiosa para los oprimidos, no fue nunca un homenaje a la justicia, un bien espontáneamente otorgado por el poder imperante, sino cesión arrancada a la conveniencia y a la oportunidad, debida a la fuerza de demandantes con voluntad enérgica y con poder triunfante, y con la tal cesión amortiguadas o desviadas.

La acción propia socializada tiene sus más simpáticas manifestaciones, ante todo, en la justicia de la demanda, y después en el boicote, el label, la huelga, el sabotaje y en la adopción y práctica constante de la enseñanza racionalista, que extienden la solidaridad más allá de los límites de la organización obrera y del proletariado en general, penetrando avasalladora hasta en el seno de la burguesía y de la sociedad en general, por el hecho de excitar sus sentimientos humanitarios y liberales y aun de beneficiar sus intereses librándolos del fraude.

Procedamos al examen de tales manifestaciones.

El compañero Nettlau ha lanzado una idea importantísima en el folleto *La Responsabilidad y la Solidaridad en la lucha obrera*, que presento extractada a continuación.

Conviene inspirar a las masas que procuramos convertir en agregados de individuos conscientes, un sentimiento más delicado de la dignidad humana que el que hasta hoy ha inspirado sus actos.

Por ejemplo: los trabajadores de una industria están organizados, luchan por mejorar su situación y logran una ventaja en el jornal o en la jornada; los patronos, obligados a hacer concesiones, se descargan sobre el público, sobre los consumidores, que carecen de defensa. Parte de éstos, los privilegiados, soportan la carga, poco les importa, de otro modo se desquitarán; pero el resto, entre el que se hallan los trabajadores beneficiados, sufren las consecuencias: lo que antes producían a 1 y pagaban a 5, ahora lo producirán a 1,5

y lo pagarán a 7; es decir, ganarán medio y perderán medio y uno, que ganará el burgués.

Además, los trabajadores contraen una responsabilidad moral con relación al trabajo que ejecutan. Por algo se huye del contacto del verdugo, cuya plaza suele ser, no obstante, muy solicitada cuando se halla vacante; hay otras profesiones no menos antipáticas, destinadas a hacer sentir al pueblo en general el peso de la injusticia dominante. Y, sin embargo, los mismos que sufren al guindilla, al soplón, al consumero, al sacamantas, agente ejecutivo y al funcionario autoritario, cualquiera que sea la clase de imposición o de socaliña que represente, los disculpan pensando que obedecen órdenes superiores, y que si no lo hicieran ellos otros ocuparían su lugar.

En la misma disculpa se cobijan los que construyen malas habitaciones, y los que con reparaciones superficiales las conservan para que sirvan de albergue mortífero a sus compañeros de trabajo, los que elaboran alimentos y bebidas detestables y baratas con que se envenenan en vez de alimentarse los pobres, los que producen ropas y vestidos de malísima calidad que se caen a pedazos al poco tiempo de usarlos después de una vejez prematura en que domina repugnante fealdad, los que imprimen y hacen circular con el libro y el periódico doctrinas perniciosas y antiprogresivas con que se justifica y practica a mansalva el fraude social que perpetran los privilegiados, los dependientes de comercio que venden géneros malos y caros engañando y estafando al comprador. Todos esos trabajado-

res, lo mismo que los que se dedican a las industrias de lujo, de ociosidad o de vanidad, de que sólo pueden ser consumidores los ricos, los usurpadores de la riqueza social y explotadores que nos exprimen y nos arrinconan, tienen responsabilidad y complicidad en su misma desgracia, y si individualmente puede excusarse cada trabajador con su impotencia y su necesidad, la excusa pierde todo su valor ante el poder de la asociación y consiguiente apoyo de la opinión pública.

Hasta ahora sólo se han promovido huelgas por cierta tendencia egoísta, a las que la opinión ha concedido la simpatía de la compasión, a veces atenuada por la consideración de las pérdidas patronales. Hasta las huelgas llamadas de dignidad por ofensa de un patrón a un obrero, y las de exclusiva solidaridad para apoyar a los compañeros en lucha, tienen carácter egoísta de clase. Huelgas por altruismo y por sentimiento de justicia no se usan; son aún desconocidas, y conviene plantearlas con urgencia para dar a la asociación obrera una idea más elevada de su importancia y de su transcendencia, y emanciparla de la pequeñez rutinaria en que procura retenerla el socialismo parlamentario.

No basta asociarse para la mejora del salario, como quieren los socialistas con sus demandas a los poderes públicos; ni para la supresión del salariado, como quieren los modernos sindicalistas continuadores de La Internacional con su orientación anarquista: es preciso que unos y otros piensen en dignificar el trabajo y quieran

redimirle del infame ganancierismo burgués, con lo cual se honra y dignifica la asociación de los trabajadores, se conquista la simpatía de la opinión pública, se establece un medio de confraternidad entre las escisiones proletarias y se produce poderosa excitación para los trabajadores indiferentes.

Bella, noble y altamente simpática se presentaría la huelga de un sindicato de panaderos, fideeros, licoristas o confiteros, por ejemplo, por negarse a manipular y mezclar substancias reconocidamente nocivas para la salud, con objeto de adulterar en peso, color o sabor, los productos para el alimento del público; la de varios sindicatos de la Unión de constructores, que se negaran a edificar tugurios y a hacer chapuzas en habitaciones viejas inhabitables; la de un sindicato tipográfico, que se negara a imprimir un periódico clerical o furibundo burgués; la de un sindicato de zapateros, que se negara a hacer calzado con suela de cartón y materiales de desecho para el negocio de un contratista proveedor; la de cardadores, hiladores y tejedores mecánicos, que se negara a hilar y tejer fibra resultante de ropas usadas e infectas; la de dependientes de comercio, que no se prestaran a engañar al público acerca de la calidad, el peso y la medida de los productos a la venta,

Negarse a hacer un trabajo falso, malo, antisocial; fortificarse en un baluarte de justicia, haciendo conocer al público cómo se le engaña, se le roba, se le envenena y se fundan las grandes fortunas, y sostener estas huelgas con el apoyo de la solidaridad y el recurso

del boicote y del label, honraría a los trabajadores que las emprendieran y las sostuvieran, asegurarían su triunfo y atraerían a la opinión pública, no sólo para el triunfo del momento, sino para el reconocimiento y la aceptación del ideal emancipador.

Es indigno del obrero moderno, después de tantos sacrificios por la libertad humana y la igualdad social, contribuir al despojo que practica el capitalismo propietario, basándose en el derecho de accesión, creyendo justificarse con decir: *el patrón lo manda; para eso me pagan; así me gano el pan de la familia*. Esa excusa, si puede tolerarse en los holgazanes e incapaces que aceptan el oficio de corchete, esbirro o ministril, como lebreles dedicados a la caza del hombre, no sirve para el obrero que piensa, que aspira a la emancipación de los trabajadores y que para alcanzarla se asocia con sus compañeros, porque en sus labios representaría un cobarde sofisma, un hipócrita pretexto.

El sindicalismo empieza por emancipar racionalmente a los sindicados. Los trabajadores que llegan a ese estado de moralidad y de dignidad que representa su carácter de sindicato, han de negarse a ejecutar todo trabajo que perpetúe la miseria y la esclavitud de sus semejantes, creando así una corriente de simpatía y de solidaridad, base amplísima de los actos más nobles y transcendentales.

Hasta aquí habíase considerado el sindicalismo como una agrupación exclusivamente rebelde y revolucionaria, y por esta causa, si podía contar con escasas simpatías entre las escuelas filosóficas y



los partidos políticos de tendencia progresiva, tenía segura la enemistad de los reaccionarios de toda clase. Esa enemistad y aquella escasa simpatía puede convertirse en gran simpatía, y en ocasiones, en decidido apoyo, cuando los sindicatos obreros abandonen el exclusivismo de la lucha por el jornal y la jornada y se presenten como campeones de la higiene, de la salud y aun de la moralidad públicas; cuando, fortalecida la organización por la conciencia de los obreros asociados, se decidan a oponerse al sistema de «gato por liebre» y «tente mientras cobro», sobre que funda gran parte de la burguesía sus cálculos gananciales, sin reparar que estafa y envenena al público.

No ya la huelga y el sabotaje, de incumbencia puramente obrera, sino el boicote y el label, de acción social generalizada, pero dirigida por los sindicatos federados y confederados, es el complemento de la acción emancipadora del proletariado. Por el boicote, el público aísla y niega clientela al burgués que se enriquece con el fraude y la falsificación. Por el label, como marca de su establecimiento y de su industria, el buen burgués pacta con sus asalariados provisionalmente, obteniendo de ellos patente honorable.

## XIII

### El Boicote

El boicote consiste en declarar un taller o una fábrica de cualquier industria buenos sólo para que trabajen *esquirols*, por no pagarse el trabajo según tarifa, y además inconvenientes para el público e indigno de su confianza porque se le arranca la ganancia con peligrosas sofisticaciones.

El boicote se ha generalizado porque lleva en sí la triple idea de protesta, de rebeldía y de castigo. Su historia es interesante: en Irlanda, en el condado de Mays, existía un enorme latifundio, propiedad de lord Erne, dirigido por el capitán Boycott. Este capitán, como militar que era, dirigía las faenas agrícolas mandando a los obreros como si fueran soldados, y se dirigía a la ganancia como si fuera la victoria. Con ese criterio, las órdenes eran siempre arbitrarias por su ignorancia técnica del trabajo, y vejatorias porque para él los trabajadores eran simples subalternos; pero los campesinos a sus órdenes se sintieron dignos, desobedecieron, se rebelaron y decidieron privarle de lo necesario para la vida, hasta el punto de no hallar un solo obrero para recogerle la cosecha en el año 1879, ni quien le llevara pan, ni le sirviera un vaso de agua, ni quien le saludara, ni le mirase a la cara, apartándose todos de él como de un apestado. El gobierno, según táctica gubernamental, le envió *esquirols* y soldados; pero con oportunidad trasnochada, porque los primeros traba-

jos de aquella gente sirvieron para atestiguar que los frutos se habían podrido sobre el terreno.

No se sabe qué haría lord Erne con su célebre capitán Boycott; probablemente le despediría por bruto. Poco después Boycott fue a América, donde le acompañó la fama, y con ella la idea de defensa obrera. Allí murió de rabia, pero le sobrevivió la fama, inmortalizando su nombre, que representa una acción justiciera de castigo a los explotadores exagerados y de defensa de sus víctimas.

El boicote, iniciado contra Boycott, continuó en Irlanda, pasó a Inglaterra y luego al continente, cruzó el mar, como queda indicado, hasta convertirse en poderosa arma de defensa.

El boicote es una prohibición impuesta en justicia contra un explotador excesivamente abusivo, y libremente aceptada por cuantos trabajadores y consumidores pueden constituir su dependencia y su clientela. Todo el mundo se priva de relacionarse con él, principalmente para asuntos industriales y comerciales, y además para todo género de relaciones, hasta que, sitiado por un boicote estrechísimo, se ve obligado a ceder acatando las condiciones exigidas por los boicoteadores. Sus efectos son tremendos, pudiendo parangonarse con los que la iglesia católica produjo con la excomunión mayor.

Algunos ejemplos históricos sirven de buena explicación. En 1894, varios cerveceros de Berlín negaron sus salas de reunión a los socialistas. Fueron boicoteados; durante el boicote no se presentó un solo consumidor obrero, y los cerveceros, antes que arrui-

narse, consintieron en permitir las reuniones obreras en sus salas. En la misma ciudad observó la compañía del ferrocarril de circunvalación, que el público cerraba por sí mismo las puertecillas de los vagones, y, por economía, despidió en un día muchos empleados. Por intervención de los trabajadores asociados el público decidió dejar las puertas abiertas, y a los pocos días fueron todos los despedidos reintegrados en su empleo.

Extendióse el boicote en toda Europa, pero en la América del Norte ha alcanzado el carácter de arma ofensiva y defensiva y de importante recurso emancipador.

De regreso a Europa, coronado por esplendorosos triunfos, el boicote forma hoy un capítulo especial importantísimo de la táctica emancipadora de los trabajadores.

## XIV

### El Label

El label y el boicote, complementándose recíprocamente, se hallan en relación económica, y por tanto, aunque no tan generalizado como el boicote, el uso del label se impone con irresistible lógica.

Con el boicote se dice al consumidor: —«¡Apártate de tal burgués, porque es enemigo de los trabajadores!»

Con el label, por el contrario, se le indica a tal otro burgués que es, no amigo, sino que ha pactado con ellos; entre patrón y obreros hay acordada la tregua del label.

El label debe su origen a la defensa del jornal, organizado por los trabajadores de California contra la concurrencia de los chinos, que trabajaban a un jornal mínimo, sometiéndose además pacientemente a todas las exigencias y aun a todas las injurias patronales.

Como la necesidad era apremiante, y los chinos, con ser pacientes hasta un extremo inverosímil para la dignidad del obrero americano y europeo, son tan inteligentes que aprenden en seguida con perfección todos los oficios, y son tan numerosos como colonias de microbios, los obreros californianos pronto comprendieron y aceptaron el label, y a su difusión y práctica se dedicaron con empeño, logrando poner a raya la ambición patronal y manteniendo con firmeza su organización y su jornal.

Los cigarreros fueron, probablemente, los inventores y propagadores del label, y a él deben su organización como entidad obrera, y, muchos, sin género de duda, la propia existencia y la de sus familias.

Empezaron aquellos inteligentes obreros por adoptar un sello, y exigir que sus burgueses lo pusieran en las etiquetas de sus productos, en señal de que en su fábrica trabajaban obreros asociados y de que pagaban, a jornal o destajo, según los precios convenientemente tarifados. En seguida amenazaron con el boicote todo producto no marcado con el label, lo mismo que a los de las industrias que, por efecto del engranaje del trabajo, con él pudieran relacionarse, y ayudados de todos los consumidores obreros, siempre los más numerosos, y además por el público en general, viéronse forzados los burgueses, con buena o mala voluntad, a someterse a la imposición.

El label es, pues, una etiqueta fijada sobre un producto determinado, cuya presencia certifica que los obreros que lo han producido están asociados y se hallan en las condiciones de regularidad y de jornal señaladas en las tarifas profesionales.

El impresor puede poner el label en el pie de imprenta, el sombrero en el fondo del sombrero, el sastre en las vueltas del cuello, el zapatero en la suela del calzado, el tahonero marcando el pan, todos los demás productos, según su clase, pueden ostentarse de manera adecuada; comerciantes e industriales pueden ponerle en membretes, circulares y anuncios, y todo lo que representa un pro-

ducto o un servicio puede ofrecerse al público garantizado con la marca del label, y todo lo que carezca de esa garantía, debiendo ostentarla, puede ser objeto del terrible boicote.

Generalizado el label por todas las organizaciones obreras de defensa y de resistencia, lograron poner un dique a la ambición de la burguesía de medio pelo, que en América representa relativamente un capital mucho más importante que el de la gran burguesía de las naciones europeas.

Como detalles episódicos de la lucha entablada por los trabajadores con el boicote y el label, los hay interesantísimos y dignos de ser conocidos: unos nos causan risa, otros admiración y todos prueban que, sea cualquiera la vía emprendida por los trabajadores que directamente van a su emancipación, empezando por emanciparse de falsos redentores de blusa y levita, vese siempre genio, constancia, dignidad y fe en el ideal.

No falta quien atribuya al boicote y al label, que es un boicote indirecto, gran participación en la causa de la formación de los *trusts* americanos, cuya propaganda ha llegado ya a Europa, como medio de defensa contra el avasallador poderío obrero, y acaso tengan razón los que eso creen; pero así y todo, no ya como obreros sindicalistas, sino como anarquistas, hemos de decir: ¡Mejor! Cuanto más pronto se acule la burguesía en el callejón sin salida en que, por desviarse del camino amplio y hermoso del progreso, se halla meti-

da, más pronto habrá que romper revolucionariamente el obstáculo y pasar adelante.

Como quiera que sea, con el label ocurre que los intereses particulares de muchos burgueses se ponen al servicio de los trabajadores contra uno o varios burgueses malos a quienes conviene reducir a la impotencia; se fomenta la competencia entre burgués y burgués, y se introduce la desunión en el campo enemigo.

Consideramos estas indicaciones necesarias y provechosas para las sociedades obreras que, por efecto de recientes campañas contra los usurpadores del capital acumulado y de los medios de producir, tienen a sus mejores socios, los más inteligentes y los más abnegados, sufriendo los inhumanos resultados del Pacto del Hambre.

Ved cuán triste es que después de una huelga utilitaria triunfante vayan todos a disfrutar de la rebaja de horas y aumento de jornal... menos los que en estricta justicia debieran participar en primer término, los cuales si no van a presidio acusados de coacciones, de desobediencia y ataques a la autoridad, quedan sin pan y pasan por la angustia de ver perecer de hambre los seres queridos.

Obreros inscritos en la lista infame de los burgueses combalachados hay en toda España, a los cuales apenas se hace más que facilitarles algún socorro pecuniario insignificante, resultado de suscripciones molestas, por no decir mezquinas, que quitan espacio a



nuestros periódicos de propaganda, y cuyas cantidades suelen ser aún roídas por pedigüenos.

Estudien, pues, las organizaciones obreras si ha lugar al planteamiento del boicote y del label en España, siquiera sea para boicotear el Pacto del Hambre y limitar la iracundia burguesa, ínterin se logra destruirla completamente por la Huelga Revolucionaria.

## Sabotaje o chapucería

*Sabotage*, en francés, *chapucería*, en español, quiere decir obra imperfecta, sin arte ni pulcritud. La palabra francesa ha sido admitida por los trabajadores de todos los países y aun por toda la prensa burguesa: admitámosla adaptándola a nuestra ortografía, escribiéndola con *j*, *sabotaje*. Además, derivado de ella, se ha creado el verbo *sabotear*.

Antes de existir la lucha social, los obreros *sabotiers* o *chapuceros* eran los torpes, los incapaces; hoy, prescindiendo de los chapuceros por incapacidad intelectual o práctica, la «chapuza» se emplea, por obreros inteligentes y conscientes, como arma defensiva en virtud del principio «a mala paga mala obra», como protesta contra el abuso y la explotación que enriquece al patrón y deja en la miseria al asalariado.

La prensa ha desnaturalizado la verdadera significación del sabotaje. Los periodistas en general, obligados, por las empresas que les pagan, a escribir en sentido favorable al capitalismo, han hecho obra patronal y antiobrera, han *saboteado* el trabajo emancipador. Conste como protesta contra la acción desleal de esos asalariados, tan explotados o más que la generalidad de los trabajadores, y que, ilusionados por el arribismo político, que les impulsa a emanciparse individualmente, no se manifiestan dispuestos a asociarse, federarse ni confederarse con los trabajadores emancipadores, antes al

contrario, emplean contra ellos sus facultades, desviándolos con falsos ideales económicos o políticos.

El sabotaje es antiquísimo.

Los egipcios, que cubrían todos los objetos usuales con escritura jeroglífica, ponían en todo ataúd uno o varios papiros conteniendo el llamado «Libro de los Muertos». En sus copias se han hallado errores u omisiones que el examen y la crítica ha considerado como faltas intencionadas.

¿Quién sabe si en la intención de aquellos copistas, obreros de la muerte, destinados al horror de esclavitud perpetua en el fondo tenebroso de las criptas o de las pirámides, surgió el sabotaje como venganza o como protesta contra la horrible tiranía a que vivían sujetos?

Es natural que el vencido no se resigne a la derrota, y también lo es que, aun reducido a la más mínima esfera de acción, aproveche la ocasión para hacer acto de protesta. Muchos de estos actos son estériles e ineficaces, pero otros han justificado el proverbio: «no hay enemigo pequeño».

Las manifestaciones del sabotaje individual son incalculables: pueden obrar multiplicándose a la manera de microbio invasor y destructor, o pueden perderse en la impotencia; pero el sabotaje de la solidaridad practicado por los productores solidarios de la civilización puede ser tan eficaz y poderoso como la misma huelga general.

Ante todo, conste que hay sabotaje patronal en perjuicio del público por falsificación de productos, fraude en el peso y medida, mala calidad en las materias. Incalculable es el número de las falsificaciones, fraudes y sisas sobre que se funda la ganancia burguesa, y no menos grande es el de sus deplorables consecuencias, que en muchas ocasiones y por diversos conceptos llegan hasta el crimen, puesto que afectan al haber y a la salud del público en general.

El sabotaje obrero, contra el cual los periódicos han *saboteado* el juicio del público, consiste en que el obrero amolda la calidad de su trabajo al salario con que se le paga, en lo cual hay un principio de reciprocidad.

Si se exigen horas diarias de trabajo excesivas por un jornal mínimo, es evidente que no puede en justicia pedirse mayor cantidad de trabajo que la que técnicamente marquen las tarifas sindicales.

Si un burgués toma obreros jóvenes con el carácter de aprendices adelantados para pagarles medio jornal por una jornada entera y cantidad de trabajo de un oficial, comete una mala acción merecedora del sabotaje.

El sabotaje en muchos casos se relaciona con el boicote y el label. Por ejemplo: bien harán los obreros que sabotean un mal producto, peligroso para el consumo, boicoteándole y exigiendo e imponiendo el label.

El dependiente de una tienda al detall, obligado a engañar y estafar al parroquiano, practica el sabotaje dando al comprador exactamente el peso y la medida que pide por el precio regular o comúnmente admitido o regulado por la oferta y la demanda.

Los trabajadores que, viendo la soberbia del patrón enriquecido con su trabajo, no tienen más miramiento por la economía del material que la que aquel explotador manifiesta por su salud, ejercen un sabotaje que no excede de las reglas de la equidad.

Los que trabajan con esmero dando a su obra la absoluta perfección técnica, empleando en ello el tiempo necesario, aunque trastorne el plan patronal consistente en la baratura del producto basada en el sistema de «tente mientras cobro», sabotean honrada y dignamente.

Así considerado el sabotaje, vilipendiado en nombre de una moral convencional, no excede los límites de una moral racional.

Considerado como defensa, si perjudica los intereses de los explotadores y beneficia los de los explotados, tiene todos los caracteres de legítimo recurso defensivo, perfectamente lícito en lo que pudiéramos llamar ley de la guerra.

El patrón, en la lucha de clase, no es el hermano, no es el compatriota, no es el correligionario del obrero, aunque todo eso sea por la sangre, la raza, la religión, la patria o el partido a que se pertenezca; es el enemigo que, como capitalista y propietario, le des-

poja del fruto de su trabajo y le sisa como consumidor para perpetuar y aumentar con ese despojo y esa sisa sus riquezas; pues justo y digno es que el obrero, siempre luchador como víctima que siempre aspira a su liberación, combata sin tregua, con todos sus medios, y muy principalmente cuando hallándose vencido sufra más dura humillación. En este último caso, el sabotaje, que prolonga una operación, que no escatima material, que no combina exactamente materiales, que da apariencias falsas y superficiales a los productos, arruina al patrón en compensación justa de la ruina del obrero causada por la tiranía patronal.

## XVI

### La huelga general

Un célebre comunista francés salió un día con la siguiente humorada:

Si de repente se muriese el arzobispo de París, sería una desgracia, pero pronto tendríamos quien le reemplazara; si se muriese el rey, ya tenemos asegurado el heredero; si nos faltare el gobierno en pleno, no nos faltarían ministros; si al Tribunal Supremo, al Parlamento y a otra multitud de instituciones y funcionarios se los llevase pateta, sería una lástima, pero sobre ser todo ello fácilmente reemplazable, quedaría aún el consuelo de que podríamos pasar también dejando todas esas plazas vacantes. ¿Qué sucedería en cambio, si todos los trabajadores muriesen en un día? Sin asistencia doméstica, sin comestibles frescos en el mercado, sin dependientes en tiendas y almacenes; desiertos los escritorios, los talleres, las fábricas, los campos, las minas, abandonados los ferrocarriles, los caminos y los puertos; faltos de pan y careciendo sin él de todos los elementos de vida, el terror se apoderaría hasta de los privilegiados más valerosos; levantaríase un clamor de espanto, que pronto invadiría el espacio, resonando como trompeta apocalíptica el grito de ¡sálvese el que pueda! ¡Todos los vínculos se

romperían en un instante! Ni rey, ni súbditos, ni gobernantes, ni gobernados, ni padres, ni hijos, ni esposas, ni hermanos, ni soldados, ni paisanos, ni curas, ni laicos, ni presos, ni libres, ni ricos, ni pobres; la disolución de la sociedad, la masa desorganizada y descompuesta, dejando libres los átomos que la formaban... interrumpida la acción de los siglos, rota la continuidad social, quedaría la humanidad restante en esta alternativa: o empezar de nuevo o morir de una vez.

Pues a hacer práctico el apólogo de Saint-Simón va el proletariado militante; pero dejando a un lado la suposición de la muerte, que ha servido hasta ahora de recurso sugestivo, para entrar de lleno en la acción por la plétora de vida, por el poder de la inteligencia.

A la huelga general, a la transformación de la propiedad, al aniquilamiento de todos los privilegios, a la nivelación social; a eso vamos, sitiando al privilegio, por reducción de comodidades, por desconocimiento de superioridad, por falta de alimento al apetito voraz, por el miedo cobarde a la indignación popular, por la desvirtuación de los fetiches inventados para santificar la tiranía y la usurpación, por la derogación de toda esa jurisprudencia que llama derecho al despojo, castigo al crimen y justicia a la iniquidad.

Sí; el simbólico cuerno de la abundancia, emblema de nuestra civilización para los poderosos, ha de ser para todos. Ni un día más



podrá decirse que hay crisis y, por consecuencia, miseria para el trabajador por abundancia de productos.

Si con un sistema de trabajo que excluye de la producción y da mayor derecho al consumo a tanto holgazán en nombre de la riqueza, se produce hasta llenar los almacenes locales y nacionales y ser rechazadas las ofertas en los mercados extranjeros, es prueba evidentísima de que la naturaleza y la actividad humana bastan y sobran para la satisfacción de todas nuestras necesidades; y de lo que sobra, no hay razón para escatimarlo, ni racionarlo, ni menos para privar de ello al que más ha contribuido a producirlo.

Teniendo, como tenemos, en nuestras manos la espita de la producción, no hay como cerrarla hasta que una nivelación ante la común necesidad sea precursora de la concordia fundada sobre la fraternidad comunista.

\* \* \*

Hablemos ahora de huelgas.

He aquí en extracto el pensamiento, que merece ser conocido, de un huelgageneralista célebre, Briand, quien tras una hábil traición ha logrado ser gran mandarín en Francia:

La huelga general es buena y fecunda.

La huelga parcial es nefasta, y aun cuando da resultados favorables, jamás compensan los sacrificios que

cuesta. Termina casi siempre en la impotencia, porque los obreros comprometidos no se hallan nunca verdaderamente frente a los patronos aislados; los aislados de veras son los huelguistas, hasta cuando tienen la ayuda moral y material del proletariado, porque ¿qué representa ese apoyo comparado con el que encuentran los poderosos cerca de los poderes públicos? El patrón jamás está solo; tiene siempre consigo y para sí todos los medios de presión de que dispone su clase, el conjunto de las fuerzas sociales organizadas: magistratura, funcionarios y fuerza pública.

En tal situación los trabajadores conscientes se han elevado a la concepción de la huelga general.

Cuando se invita a los trabajadores de un oficio a la formación de su sociedad o sindicato, y a los sindicatos que se federen entre sí, se concibe una extensa organización definitiva en que se hallarían representadas todas las fuerzas del trabajo; nadie piensa en una federación especial de un oficio, sino que se espera la unión de esas federaciones en una Confederación General del Trabajo.

En todo sindicato puede surgir repentinamente un conflicto agudo entre el mismo y un patrón.

Admitida esta suposición, han de admitirse sus consecuencias.

Si en vez de dirigirnos a sindicatos en formación, nos dirigiéramos a los representantes de una Confederación general de todas las fuerzas organizadas del trabajo, después de haber expuesto las reivindicaciones obreras ante el patronato, cuando se adquiere la convicción de que éste permanece irreductible ante la legitimidad de dichas reivindicaciones, al surgir la penosa eventualidad de la huelga parcial, surgirá también lógicamente la eventualidad más temible, pero más fecunda de la huelga general, que, frente al patronato, levantará al proletariado entero.

Esta consideración no es un sueño utópico, es esencialmente práctica. Negarla es negar la solidaridad obrera o reducirla con sofisma a una pequeñez inútil; es estirar la lógica hasta el límite de ciertas preocupaciones.

Dígase más bien que el movimiento sindicalista no alcanzará jamás su completo desarrollo, que los trabajadores capacitados para asociarse y aun federarse en una federación local y aun nacional son incapaces de dar un paso más en el terreno federativo, lo cual no es admisible después de haber existido La Internacional y de haber formado enormes masas de obreros inmigrantes en todas las grandes ciudades del mundo.

La huelga general es la Revolución garantida contra las sorpresas políticas; no una revolución alrededor de falaces fórmulas, sino una revolución positiva. Por ella el proletariado conservará las posiciones conquistadas a que una organización previa, adecuada a la evolución misma, le haya permitido elevarse.

Se dirá que si la huelga general es la revolución, podría irse directamente a la revolución. También se repetirá el conocido argumento: la revolución no se decreta, no depende de la voluntad de los individuos, es el resultado de las circunstancias, el punto culminante de la evolución.

Claro es que si la revolución dependiera sólo de algunas buenas voluntades ya estaría hecha; pero admitiendo la preponderancia de la evolución, ha de reconocerse que la voluntad humana puede apresurar la marcha de la evolución y contribuir a la presentación de las circunstancias.

Antes podía excitarse al pueblo a la revolución, pero hoy las barricadas valen poca cosa ante las grandes avenidas, la táctica moderna y la perfección del armamento.

La revolución, lo mismo que las guerras modernas, depende de la movilización. Si hoy estallara una revolución en la forma antigua en París y sucesivamente en otras ciudades, con la facilidad de los transportes y un ejército movilizable, sería inmediatamente sofocada. Con la huelga general no existe ese peligro, porque puede esta-

llar simultáneamente en todos los puntos importantes y aun secundarios del territorio.

La huelga general tiene la ventaja de ser la práctica de un derecho; comienza en la legalidad. La ilegalidad suele provenir de la provocación burguesa y de la intervención autoritaria, sobre todo por el empleo de la fuerza pública; pero esta fuerza, que tiene los puntos flacos que han señalado los antimilitaristas, resulta insuficiente ante la extensión de la huelga general.

La huelga general tiene contra sí la opinión de los cándidos reformistas, que quieren alcanzar el ideal por la persuasión y por efecto de una serie de reformas, que engloban en lo que pomposamente denominan «la base múltiple», llegando algunos a esperar que la fuerza de justicia y humanidad que nos asiste bastará para reducir pacíficamente a nuestros adversarios.

Sueñen cuanto quieran los de temperamento a propósito; casi nadie les hará caso. La tenacidad privilegiada, desdeñosa de la evolución, requiere el violento tirón de los desheredados. En general, la historia demuestra que el pueblo apenas ha tenido más que lo que ha podido tomar él mismo.

La fuerza única de la persuasión no basta, ni aun unida a la de las circunstancias, para dictar leyes a la burguesía. Más aún, dictadas esas leyes, ¿qué garantía habrá de cumplimiento si la sanción no reside en la fuerza revolucionaria, permanente y continua del proletariado?

Además, la palabra revolución ya no asusta a la burguesía, porque prevé su resultado, consistente en una de estas dos cosas: o vence el gobierno y somete al pueblo, o vence un partido político popular y engaña al pueblo; en ambos casos queda subsistente la apropiación capitalista con ese artículo del código, que supone que todas las obras, siembras y plantaciones son hechas por el propietario, y el derecho de accesión, que despoja al jornalero del fruto de su trabajo.

Con la huelga general sucede todo lo contrario, porque para la sociedad capitalista es lo desconocido, y ante lo desconocido, ante el salto en el vacío, tiembla, y es necesario el empujón violento, tal como puede darlo y lo dará el pueblo, el proletariado, organizado, consciente y fuerte.

## XVII

### Urgencia de la huelga general

Tarrida del Mármol, en sus *Problemas Transcendentales*, presenta la huelga general, no como una aspiración secundaria o lejana, sino como una necesidad urgente, haciendo depender su éxito de su buena organización y de su urgencia. Con el retraso hay tanto peligro de fracaso como con la precipitación.

Para el triunfo por la huelga general tienen los trabajadores dos condiciones principales: el número y la necesidad que de ellos tiene la sociedad.

Pero el número y la necesidad pierden diariamente su importancia ante el progreso de la mecánica.

En la antigua industria, cuando no existían las máquinas, los artesanos eran verdaderos, artistas, y cada agricultor era una máquina de carne y hueso. Entonces sí que la paralización general del trabajo hubiera sitiado por hambre y todo género de privaciones a los parásitos. El Estado no hubiera podido, como ya lo hace ahora, como lo hará después en mayor escala, convertir a los soldados en *esquirols*, porque si para ir tirando basta un día para adiestrar un *esquirol* en el manejo de una máquina, se necesitan meses y aun años para formar un buen artista industrial.

Así lo ha comprendido la burguesía en general, y por eso ha tenido tanto empeño en no conceder al trabajador rebaja de horas ni

sombra de libertad, y ha aceptado con más facilidad, no mucha, el aumento de jornal.

Ha empezado el trabajador a tener conciencia de su fuerza, cuando las máquinas, *esquirols* de hierro, se han presentado en terrible rivalidad.

La cantidad de fuerza mecánica extraída de las entrañas de la tierra, dice Tarrida, es fabulosa. La combustión de un solo kilogramo de carbón equivale al trabajo de seiscientos caballos. Cada nueva máquina es un enemigo que empuja al obrero a la miseria, a consecuencia de la usurpación propietario-capitalista. Como demostración de este aserto, considérese que hay actualmente industrias en que un operario y dos muchachos ayudantes, no aprendices, es decir, apenas dos jornales, bastan para producir lo que antes costaba más de mil jornales.

La cosa es lamentable, pero aun hay remedio, porque los combustibles han de ser arrancados de la tierra por mineros y las máquinas han de ser construidas por obreros de diversos oficios. Pero ¿y mañana?

Pronto, continúa Tarrida, el gran principio de la reversabilidad de las energías habrá cambiado las condiciones del trabajo agrícola e industrial. Este principio, que ha dado ya resultados asombrosos —telégrafo, teléfono, fonógrafo, transmisión de la fuerza a distancia, etc.—, promete resultados más prodigiosos aún. Máquinas generadoras envían ya centenares de caballos de vapor a grandes distan-



cias; la energía de no pocos saltos de agua ha sido ya utilizada de ese modo. Otras mucho más potentes lo serán pronto, y cuando se pueda transportar a distancia los millones de millones de kilográmetros que representan las mareas diarias, los capitalistas podrán contemplar sin temor la perspectiva de una huelga general de los mineros, la cual, aun hoy, bastaría para traer consigo, con la falta de carbón, la paralización general de todas las industrias.

Quedaría entonces el recurso de parar el trabajo fomentando, una huelga de los empleados de las compañías de electricidad, encargados de distribuir la energía a domicilio; pero estos empleados, menos numerosos y más fácilmente sustituibles que los mineros, podrían, gracias a la habilidad de los capitalistas, haber llegado a formar un cuarto estado con intereses personales ligados a los del capital, a cuya creación tienden, consciente o inconscientemente, los socialistas autoritarios.

Piénsese bien; la huelga general podrá ser aun, durante algunos años, un arma irresistible de combate; pero después cambiarán las condiciones de la lucha. Urge, pues, pensar cuanto antes en organizarla.

Los obreros que, fingiendo prudencia, ocultan su cobardía y se oponen a la realización de este movimiento, obran como enemigos de la emancipación del proletariado.

Es posible que sobrevengan penosas crisis; pero si recordamos que Luis Blanc pedía a los revolucionarios franceses tres meses de

sacrificio para salvar la República, bien puede pedirse al proletariado unas semanas de sufrimiento para lograr su emancipación.

También pueden sobrevenir discordias; pero, como dijo Babeuf, «más vale la discordia que una horrible concordia en la que hay gente que se muere de hambre».

El conflicto es inevitable, porque los privilegiados se negarán siempre a renunciar a sus privilegios.

La emancipación de los trabajadores ha de ser, pues, obra de los mismos trabajadores, cuando así lo hayan comprendido y hayan preparado en todos los países una acción colectiva con la urgencia necesaria.

La gravedad del problema social y la urgencia de aplicar su racional solución por el empleo de la huelga general, por nadie puede ser desconocido ni negado.

Y El proletariado que, organizado en sus sindicatos, federaciones y confederaciones, condensa el pensamiento emancipador y regenerador y acumula la fuerza necesaria para su realización, debe redoblar su energía para ponerse a la altura de las circunstancias, y no ha de permitir que se le anticipen acontecimientos adversos de tanta gravedad y transcendencia como el señalado por el maravilloso progreso industrial.

Para eso se ha constituido el proletariado en entidad pensante y activa, y por ello ha contraído una responsabilidad de la que puede

salir libre y feliz si sabe triunfar, o permanecer indefinidamente esclavizado en los horrores de la opresión y la vergüenza del remordimiento si por no emplear debidamente su poder, cayera vencido.

## XVIII

### La educación racionalista

Vemos, pues, el sindicalismo en buena vía en defensa del trabajador y en marcha contra el privilegio, no así contra el atavismo.

Paréceme que se confía demasiado en la fecundidad intelectual de las generaciones revolucionarias y ultrarrevolucionarias, es decir, de las que den fin al movimiento evolutivo contra el privilegio y de las sucesivas, y esa confianza, en lo que tiene de excusa de la indolencia intelectual, es perniciosa, porque la influencia tradicional y atávica es poderosa, y por mucho que se le combata hay la triste seguridad de que no se llegará a la última etapa revolucionaria con una mentalidad limpia de prejuicios, errores y supersticiones.

Ante todo no podemos olvidar que nuestros hijos, sujetos como nosotros mismos a sistemática ignorancia, o no reciben instrucción alguna, quedando para formar unidades en la horrible cantidad de los analfabetos, o reciben esa instrucción primaria ineficaz cuando no contraproducente, sujetos además a la ignorancia de nuestras compañeras, como nosotros lo hemos estado a la de nuestras madres, y con tales elementos vienen indolentes y cansinos al sindicalismo, o quedan rezagados formando la negra legión de los *esqui-rols*, o se dejan seducir fácilmente con las desviaciones burguesas con que a tantos compañeros nuestros extravían la cooperación, la política radical, el regionalismo, el patronato católico y las mil frivolidades y monsergas con que nuestros explotadores nos salen al

paso para distraernos cuando no nos amenazan y persiguen para aniquilarnos.

Necesitamos instruirnos y educar a nuestros hijos, considerando esa instrucción y esa educación como los mejores frutos de nuestra solidaridad.

Ha brillado en Barcelona, como aurora feliz, precursora del gran día de nuestra redención, la educación racionalista, y los que hemos visto el poderoso, el ilimitado alcance de la unión del saber y del poder comparado con la impotencia del obrar a tientas en las negruras del ignorar, hemos contraído el deber especialísimo de ilustrarnos, ilustrar a nuestros compañeros y a nuestras compañeras, educar a nuestros hijos y a nuestras hijas, y anticipar por nuestra ciencia y por nuestra actividad el triunfo revolucionario, hasta crear un medio verdaderamente racional y justo antes que la materialidad de los hechos le haya dado su sanción, a la manera que concibió Zola aquella Crechérie de *El Trabajo*, en que la revolución social no fue más que un desprendimiento y un desmoronamiento de lo viejo y caduco, que despojó de obstáculos la bellísima organización que ya funcionaba con toda la galanura y toda la grandeza, resultado de todas las voluntades racionalmente determinadas para el bien.

Por lo pronto necesitamos el círculo de estudios sociales para los adultos y la escuela para los niños, y el Sindicalismo en general y en particular muchos sindicatos y casi todas las federaciones loca-

les de sindicatos obreros, a querer, medios sobrados tendrán para ello, y si no quieren, si buscaran subterfugios para no realizar su implantación, renuncien a lo más rudimentario de su objetivo, porque la ruindad en esta esencialísima materia incapacita para todo.

Para mí la enseñanza racional es como un anticipo de la sociedad futura, es ya en parte la revolución triunfante.

Considerando que hay, usurpado por los privilegios, un patrimonio universal, que corresponde a la humanidad entera, la enseñanza racional es lo más noble de ese patrimonio, desvinculado del privilegio, puesto al alcance de los desheredados, que por ese hecho dejan de ser esclavos, siervos, vasallos y hasta ciudadanos para ser hombres o mujeres en el pleno goce de su derecho inmanente.

Hasta hoy la enseñanza ha venido siendo la transmisión tradicional del error.

Un dogma religioso, un dogma jurídico y un poder a su servicio han venido siendo el Estado sobrepuesto a la Sociedad, y la enseñanza necesariamente había de tener por objeto la fe, la obediencia y el temor.

La escuela era un molde, y el pedagogo oficial venía a ser una especie de simbólico Procusto que violentaba los caracteres y las disposiciones individuales de la infancia para que resultaran hombres y mujeres timoratos, creyentes y obedientes.

Pues la enseñanza racional rompe ese molde, licencia al pedagogo Procasto, prescinde de toda metafísica, llama las cosas por su nombre, las examina en sí, en su origen, en su composición y en sus efectos, y se dirige a enseñar ciencia, que es lo que se sabe por principios ciertos, no ya para hacer sabios, sino para evitar que se aprendan errores tradicionales tenidos por verdades reveladas.

Y no violentando caracteres, ni atrofiando disposiciones naturales, prepara hombres y mujeres que, con su plenitud intelectual, presentarán el verdadero tipo humano, y con sus conscientes energías ahuyentarán el absurdo y la iniquidad de las relaciones sociales.

Tiéndose por cierto que la burguesía logró su emancipación cuando sus filósofos fueron capaces de concebir, escribir y publicar la Enciclopedia. Es probable que el proletariado no logre su ideal hasta que desaparezca de su seno el negro borrón del analfabetismo.

Ábranse, pues, escuelas donde se fomente la instrucción; dése a nuestros hijos educación racionalista, y habremos así logrado un primer triunfo moral, y después, tras nuestro futuro triunfo material, la más firme garantía de su estabilidad.

Sírvanos de estímulo la conducta de nuestros compañeros de la Confederación del Trabajo de Francia, en cuyo órgano *La Voix du Peuple* se aboga por la implantación de las Escuelas Sindicales en razonadísimo artículo del que creo útil reproducir lo siguiente:

En el día los trabajadores quieren librar sus hijos de los envenenadores intelectuales del Estado, como les libraron ya de los de la Iglesia —¡ay! en España aun tenemos la imposición legal del catecismo— y lo conseguirán en cuanto reemplacen las escuelas municipales por las escuelas sindicales. Impidamos que nuestros hijos sean resignados e inconscientes para ahorrarnos el trabajo de convertirlos luego en rebeldes conscientes: es más metódico y más seguro; es realizar la esperanza largo tiempo acariciada de una educación de libertad, de un aprendizaje de la vida...

La escuela comunal actual, vestíbulo del cuartel, parecerá bien a los que se aprovechan de la miseria y de la inconsciencia de las masas obreras, porque viene a ser una especie de confección de productores dóciles y de defensores... No se trata de elaborar dogmas sindicales para uso de los hijos de la clase obrera, sino de enseñarles lo esencial, de enseñarles a vivir en la integridad de la vida; no de hacerles una mentalidad de animales indómitos ni de adiestrarles parcialmente contra los hombres y las cosas del orden actual, sino de prevenirles contra la jerarquía y la tiranía y de suscitarles el amor a la actividad útil, a la libertad, a la concordia... La generación que sube y que formará el Proletariado de mañana necesita una mentalidad superior a la de la presente, no una enseñanza que produzca pastores y rebaños, sino una



educación que forme individuos que quieran y sepan ser libres; que sean capaces de imponer la *Ayuda mutua* sobre la *Lucha por la existencia* y que lleguen a querer y poder suprimir el Patronato y el Salariado.

Nada más a propósito, en este capítulo dedicado a la enseñanza racionalista, que exponer literalmente el pensamiento de Francisco Ferrer, del hombre insigne que por ella dio su vida.

En este trabajo, destinado a contribuir a la emancipación del proletariado, incluyo una carta suya, escrita en la cárcel de Madrid durante su primer proceso, del que fue absuelto, dos años antes del segundo, por el que fue sentenciado a muerte. Con esta inclusión rindo homenaje al fundador de la Escuela Moderna, al buen amigo que me honró asociándome a su obra redentora y proporciono provechosa lección a mis favorecedores y lectores.

Dice así:

Cuando hace seis años tuvimos el grandísimo placer de abrir la Escuela Moderna de Barcelona, hicimos resaltar mucho que su sistema de enseñanza sería racional y científico.

Ante todo, advertimos al público, que siendo la razón y la ciencia la antítesis de todo dogma, en nuestra escuela no se enseñaría religión alguna. Sabíamos que esta declaración provocaría el odio de la casta sacerdotal, y que nos

veríamos combatidos con las armas que suelen emplear quienes solamente viven de engaño e hipocresía, abusando de la influencia que les dan la ignorancia de sus fieles y el poder de los gobiernos. Pero cuanto más se nos hablaba de lo temerario que era ponerse tan francamente en frente de la iglesia imperante, más alientos sentíamos para perseverar en nuestros propósitos, persuadidos de que cuanto más grande es un mal y cuanto más poderosa es una tiranía, más vigor se ha de emplear para combatirla y más energía se necesita para destruirla.

El clamoreo general elevado por la prensa clerical contra la Escuela Moderna, al que podremos deber un año de cárcel, nos prueba que acertamos en la elección del método de enseñanza, y nos ha de dar a todos los racionalistas nuevos alientos para proseguir la obra con más tesón que nunca y engrandecerla, propagándola hasta donde alcance nuestro poder.

Hay que advertir, sin embargo, que la misión de la Escuela Moderna no se limita a que desaparezca de los cerebros el prejuicio religioso, porque si bien es éste uno de los que más se oponen a la emancipación intelectual de los individuos, no lograríamos únicamente con ello la preparación de la humanidad libre y feliz, puesto que se concibe un pueblo sin religión y también sin libertad.

Si la clase trabajadora se librara del prejuicio religioso y conservara el de la propiedad, tal cual existe hoy; si los obreros creyeran cierta la profecía que afirma que siempre habrá pobres y ricos; si la enseñanza racionalista se limitara a difundir conocimientos higiénicos y científicos y preparase sólo buenos aprendices, buenos dependientes, buenos empleados y buenos trabajadores de todos los oficios, podríamos muy bien vivir entre ateos más o menos sanos y robustos, según el escaso alimento que suelen permitir los menguados salarios, pero no dejaríamos de hallarnos entre esclavos del capital.

La Escuela Moderna pretende combatir cuantos prejuicios dificulten la emancipación total del hombre, y para ello adopta el racionalismo humanitario, que consiste en inculcar a la infancia el afán de conocer el origen de todas las injusticias sociales para que, con su reconocimiento, pueda luego combatir las y oponerse a ellas.

La enseñanza racionalista y científica de la Escuela Moderna ha de abarcar, como se ve, el estudio de cuanto sea favorable a la libertad del individuo y a la armonía de la colectividad, mediante un régimen de paz, amor y bienestar para todos sin distinción de clases ni de sexos.

F. Ferrer Guardia.

## XIX

### Conclusión

Termino con este recuerdo de mi *Vida Anarquista*.

No te quejes inútilmente de la sociedad en que vives;  
si es mala, ahí estás tú para corregirla.

El trabajador no tiene derecho a quejarse de la iniquidad social,  
abandonándose a la impotencia.

Verdad es que vive en la miseria y la esclavitud.

Cierto que carece de ilustración, de tiempo y de dinero.

Innegable que con la carencia de esos tres elementos, se halla  
privado de los determinantes más poderosos de una voluntad racional y fuerte.

Pero es hombre, y como tal tiene, si no en realidad, en calidad,  
las facultades que han distinguido a los hombres más eminentes  
por su saber y por su poder.

Sabido es que muchos de esos hombres han escalado las cum-  
bres desde los más bajos fondos sociales.

Como también estamos hartos de ver necios que han salido de  
las Universidades para entrar en las Academias y monopolizar las  
grandes prebendas del Estado o de la Iglesia.

Colón, hijo de un cardador de lana, descubrió un mundo.

La Junta de Salamanca, selecta reunión de doctores, había declarado previamente que tal mundo no podía existir.

\* \* \*

El trabajador no es ya un paria desheredado.

Muchos siglos de progreso y otros tantos de sufrimientos le han creado un patrimonio de que disfruta como legítimo heredero.

Y si hoy la burguesía intenta el imposible de levantar un dique al progreso para seguir monopolizando la riqueza social, el proletariado, rompiendo ese dique, casi esperando que se derrumbe por sí solo, constituye una fuerza progresiva insuperable.

Al abyecto paria, al vil esclavo, al villano siervo, ha sucedido el jornalero, que tiene libre acceso al sindicalismo, que puede instruirse y orientarse en el ateneo sindicalista, que puede crear para sus hijos la enseñanza racionalista, que dignifica al trabajo, que impone el label, que sentencia al boicote, que practica el sabotaje y que paraliza el mundo con la huelga general.

\* \* \*

El *Sindicalismo* es la elevación al infinito el poder del pensamiento y de la acción individual por la mancomunidad.

La *Dignificación del Trabajo* consiste en la negativa del trabajador a toda complicidad en las estafas, mixtificaciones y sofisticaciones a que le obliga el burgués para fomentar la ganancia, formándose

así una liga moralizadora y poderosa entre los trabajadores y el público consumidor en general contra el fraudulento y usurpador capitalismo.

El *Label* —no practicado, pero cuya práctica urge— imposición al burgués industrial y comerciante de la marca que acredite que su industria o su comercio se hallan tolerados por los sindicatos obreros, por el cumplimiento de las tarifas sindicales, introduce la desunión y la guerra en la burguesía.

El *Boicote*, medio también de perturbación burguesa, es la sentencia a la privación de clientela a que se condena al burgués recalcitrante.

El *Sabotaje*, o a mala paga mal trabajo, es la producción imperfecta, el desperdicio de tiempo y de material, y el deterioro de los instrumentos de trabajo, empleados contra el burgués que a ello se haya hecho acreedor.

La *Huelga General* es la paralización en el momento preciso de todas las actividades dedicadas al trabajo, al cambio y al transporte en todo el mundo, a que recurrirá el proletariado para derrocar al privilegio.

Aparte de esos medios de ataque y de defensa, existentes ya, practicados en diversos países, y en vías de adaptación, de perfección y de imposición triunfante, pueden adoptarse otros que la experiencia enseñe; como el trabajo esmeradísimo, que recarga el presu-

puesto y destruye los cálculos gananciales del burgués; las equivocaciones en las mezclas, en las estaciones, en los horarios, en los pedidos, en las expediciones, etc.; el celo exagerado y ridículo que, con excesiva actividad, llega siempre tarde o estorba y dificulta cuando llega a tiempo, etc., etc., la huelga *perlée* de los franceses.

\* \* \*

El Sindicalismo es aún débil.

Nótese bien la expresión de ese pensamiento: Es *aún* débil.

Si pudiera y debiera decirse, «El Sindicalismo es débil», estaríamos perdidos; pero se dice: es *aún* débil, y ese adverbio *aun* significa que más débil fue ayer, más fuerte será mañana, hasta que pasado mañana sea fuerte, poderoso, triunfante.

Por oposición puede decirse: El privilegio burgués es todavía fuerte.

Nótese bien: Es *todavía* fuerte.

Repitamos: más fuerte fue ayer, más débil será mañana, hasta que pasado mañana decaiga y desaparezca.

El privilegio reposa sobre un dogma y sobre una autoridad; ésta de divina pasó a humana, y aun a democrática, y está a punto de desvanecerse en acracia.

La igualdad social, que se impone como remedio a todos los desaciertos de la autoridad, la sentimos todos como complemento de nuestra libertad.

\* \* \*

Frente a lo que se estaciona, fuerte todavía, está lo que avanza, débil aún.

Pero el movimiento, imposibilitado de servir a lo estacionario, ni menos a lo regresivo, favorece a las multitudes proletarias.

He ahí la explicación racional de su fuerza.

Termino añadiendo:

Así se camina HACIA LA EMANCIPACIÓN. Así se alcanzará el triunfo de la Igualdad y de la Libertad, que a ex privilegiados y a ex desheredados ha de unir en todo el mundo en la participación, sin exclusión ni limitación, del Patrimonio Universal.

Así terminará el período constituyente de la Humanidad, tan largo, tan doloroso; peregrinación penosísima por la vía progresiva hasta llegar al dominio de la ciencia social; nuevo punto de partida para sucesivos y grandiosos descubrimientos, que, sobre la base de una organización social bella y justa, inundará el mundo de paz y felicidad.

Así se inaugurará la vida del superhombre, que algunos pensadores concibieron como un privilegio más, por no ver en su decadente pesimismo la acción constante e indestructible del progreso, por no haber comprendido la diferencia existente entre la fe en la supuesta revelación y la fe en la inducción racional.

¡Salud, Humanidad futura!